

ELEMENT
DE
IDEOLOGIE

1962

ELEMENTOS
DE
IDEOLOGIA.

ELEMENTOS

DE

ARITMÉTICA

PARIS,

DE LA IMPRENTA DE PABLO RENOUARD,

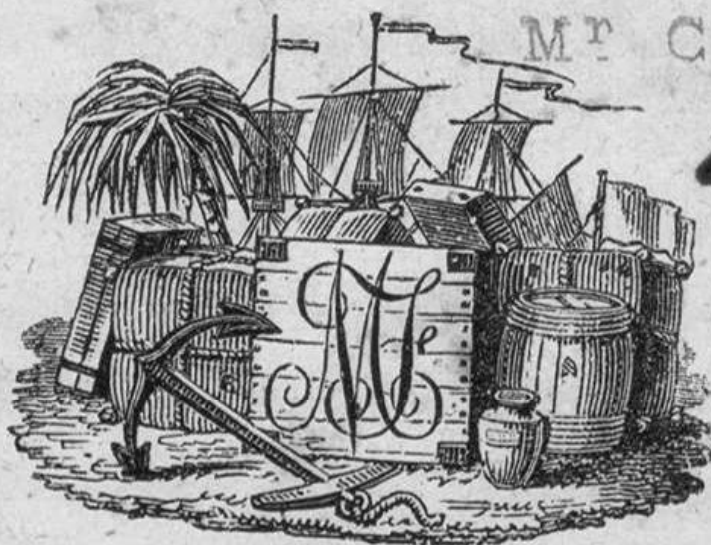
Calle Garençière, n. 5.

ELEMENTOS
DE
IDEOLOGÍA

POR DESTUTT-DE-TRACY,
ENCLUIDOS EN DIEZ Y OCHO LECCIONES,
É ILUSTRADOS CON NOTAS CRÍTICAS,

POR EL CATEDRÁTICO D. MARIANO S^{*}**

Edicion hecha bajo la direccion de José René Masson.



PARIS,
EN CASA DE MASSON É HIJO,
CALLE DE ERFURTH, N. 3.

1826.

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

EN todo tiempo han sido considerados como estudios de primera necesidad para la juventud los que tienen por objeto el conocimiento de nuestras operaciones intelectuales y el origen y formación de nuestras ideas, tanto para dirigir nuestro pensamiento en la investigación de la verdad, como para aprender á expresarle debidamente. Y de tal manera ha sido esto, que aun en los tiempos mismos de la edad media, en los cuales llegaron á perderse ú olvidarse hasta

los nombres mismos de algunas ciencias, se conservó y mantuvo este género de enseñanza no solo con aprecio, sino tambien con teson y grande lujo. Asi es que de ninguna clase de estudios nos han quedado tantos libros de aquella época como de sùmulas, de lógica, de dialéctica, de gramática, ontologia, neu-mática y otros títulos semejantes. Mas con todo eso, en medio de las muchas y contrarias vicisitudes, que de siglo en siglo tuvieron las escuelas, y á pesar de tanta variedad de opiniones y de disputas que han dividido en todo tiempo á los hombres de letras, ni entonces, ni despues hasta nuestros últimos dias habia sido mirada esta enseñanza como dañosa á

la juventud. Las solas tachas que se solia ponerle antes de ahora, era su fárrago, su levedad, su hinchazon, y su vaguedad, cuyas faltas se conocia muy bien que no estaban en la ciencia, sino en el modo de tratarla. Nuestros mayores, de quienes llegó hasta nosotros con una especie de recomendacion religiosa, no habian pensado jamas que la enseñanza moral se podria ver comprometida por el estudio de nuestras facultades mentales. Lejos de ser así, toda esta parte de los estudios metafísicos estaba señalada en sus planes como un ramo esencial de los estudios preparatorios, y mucho mas que para ninguna otra ciencia para la teología. La necesidad de disponer por medio

de ellos la capacidad intelectual de los jóvenes habia sido tenida en nuestras universidades literarias como una tradicion venerable de la antigüedad, con arreglo á la cual se ponía por este medio el cimiento á las otras ciencias, y mas especialmente que á otra ninguna á la ciencia del Cristianismo. ¿ En que consiste, pues, que entre algunas personas se miren hoy los estudios metafísicos con una prevencion tan contraria? A la mejoracion que han tenido en nuestros dias ha sido en grande parte debida la de casi todas las ciencias, y á ellos somos tambien deudores de la gran facilidad con que los conocimientos humanos han sido reducidos, cada cual en su género, á sus

propios y naturales elementos. ¿Como es pues que en nuestros últimos dias hayan podido dar ocasion de temor y desconfianza?

Por desgracia del linage humano el abuso está casi siempre cerca del uso de las cosas, y los errores se revuelven constantemente detras de la verdad, como se ve tambien girar las sombras tras los objetos que el sol alumbra. Mas ¿deberá proscribirse por esta razon la luz? El mal uso de los estudios metafísicos ha ocasionado en todo tiempo errores y extravios dolorosos del espíritu. En aquellos tiempos mismos, que acabamos de citar, casi todas las heregías nacieron de una mala lógica, ó de una falsa metafísica. En los nuestros, al

paso mismo que esta ciencia se ha mejorado, ó, por mejor decir, ha nacido de nuevo y ha crecido y se esparce como un principio fecundante del pensamiento, no han faltado algunos sofistas que, traspasando los límites de nuestro natural alcance, han mezclado en ella cuestiones, dudas, y sentencias funestas, que transcienden á la moral. Pero no es la ciencia, sino el error, lo que debe reprobarse, y ser apartado. Nuestros mayores, á quienes ninguno se atreverá á argüir de impiedad, no la proscribieron jamas, á pesar de que en ella hubiesen acopiado los innovadores sus armas para combatir los dogmas mas sagrados de nuestra augusta religion. ¿Por que razon pre-

tenderíamos nosotros tener mas zelo, ó ser mejores cristianos que nuestros padres?

¿ Cual habrá de ser pues nuestro deber, si deseamos los progresos de las ciencias y el triunfo de la verdad? Discernir el bien del mal, y la verdad de la mentira; adoptar todo lo que es bueno, y apartar lo malo que se desliza y que toma las apariencias de lo bueno; purificar esta ciencia, mejorarla cada vez mas, deshacer los sofismas, limpiar las malezas, y arraigar los buenos principios. Si por temor de que se corrompan, ó de que puedan extraviarse nuestros discípulos, pretendemos impedirles cultivar esta ciencia, los dejaríamos sin defensa contra el error, y los sofistas

manejarían á su salvo los argumentos que tomarían de esta ciencia ignorada de los demas.

Allegase á esto que nosotros no podríamos preservarlos de caer en otros errores por falta de estos estudios. Y en verdad y en conciencia, ¿quien seria el temerario que osaria navegar en medio del Océano sin prevenirse de una carta, ni llevar una brújula? Empero los mares no son mas difíciles de atravesar que lo son las ciencias, en las cuales se camina siempre de noche, y no hay mas fanal, ni mas estrella, ni mas brújula que una buena lógica. Aun cuando hubiese alguno tan preocupado contra la razon humana que pretendiese convertir la enseñanza en

dictado, y las ciencias en tradiciones, siendo como son muchos los que escriben y enseñan, y por lo comun en sentidos contrarios, se necesitaria todavía la luz de una buena crítica para saber á quien tendria que someterse, y obedecer la razon. Lejos pues de proscribirse los estudios, de que tratamos, deben adoptarse y promoverse : lo primero para formar nuestro espíritu y conducirle en el cultivo de la verdad; lo segundo para guardarnos, y desviar y deshacer los peligros de que, sin saberlo, nos podrian rodear sus contrarios. Ninguna cosa puede sujetar y reprimir con mejor suceso los arrebatos de la razon humana que el estudio de ella misma. Si queremos ver arreglado y cuerdo al ser racio-

nal, trabajemos, y hagamos que se conozca. *Nosce te ipsum.*

He aquí en suma el motivo que he tenido para publicar esta traducción. Treinta años de un estudio profundo sobre esta parte fundamental y sublime de los conocimientos humanos, que los antiguos llamaban *metafísica*, y que el neologismo de nuestros días ha llamado *ideología*, con mas la práctica y experiencia de diez años continuos invertidos en su enseñanza, me habian puesto al alcance de esta ciencia lo bastante tal vez para que hubiese podido atreverme á escribir alguna cosa de mi propio ingenio. Muchos de mis amigos me aconsejaban que escribiese un tratado elemental donde desen-

volviese mis principios, sin la dependencia y sujecion que trae consigo la traduccion de pensamientos ajenos. Y tal vez lo haré asi algun dia si me alcanza la vida. Pero en la república de las letras se necesita las mas veces para el buen éxito , y sobre todo para un éxito pronto, un nombre acreditado de antemano. Bajo el mio, harto desconocido hasta de presente, y mucho mas en un pais extranjero, las lecciones que yo habria escrito y publicado hubieran podido ser perdidas ó mal atendidas por el pronto, y aun cuando hubiesen tenido algun mérito, todavía hubiera sido menester algun tiempo para que adquiriesen su curso, y tuviesen aceptacion. Y como yo no me haya propuesto

trabajar para mi gloria, sino para el provecho de la juventud, de modo que mi trabajo pueda ser adoptado en beneficio suyo sin mas tardanza, he preferido ensayar mis ideas haciendo resonar delante de ellas el nombre de un autor que ha adquirido celebridad, cuyas obras han tenido y podran tener todavía mucha voga, y por las cuales existe de hecho una prevencion ventajosa y un favor decidido.

Ademas de esto he creido tambien acertar en la eleccion, que he hecho de la Ideología del S^r. Destutt-Tracy, porque entre los pocos libros escogidos, donde se trata á fondo esta ciencia, me parece que no hay ninguno en donde se halle mas contrahida á

sus propios elementos, ni mas despejada de cuestiones vagas ó inútiles, ni tratada con mejor método, ó mayor claridad. Casi todos los demas autores que han tratado y aun creado y puesto esta ciencia bajo el aspecto luminoso que tiene en el dia, son muy buenos para consultados y estudiados en grande; pero jamas podrán servir de texto para la enseñanza ordinaria y elemental. Los que hubieren hecho la experiencia de la primera edad de la juventud conocerán hasta que punto se necesita, si ha de ser provechosa la enseñanza, el que los rudimentos de las ciencias abstractas sean expuestos con la mayor sobriedad y con la mayor sencillez posible, limpios de espinas, y sueltos

de abstracciones prolijas en demasía.

Cosa es esta tan cierta, que habiendo hecho yo la traduccion de la obra principal del S^r. Destutt-Tracy primero que la de su extracto razonado, y habiendo ensayado la una y la otra en la enseñanza de mis discípulos, no tardé en conocer que sacaba mas partido con el extracto que con la obra. Porque sin embargo de la acertada y oportuna eleccion de las materias, de la sencillez de los raciocinios, y del excelente método que reina en toda ella, su extension y sus ampliaciones dañan todavía á la claridad y á la concision que requiere cualquiera cosa, que por la primera vez tiene que ser propuesta y que darse á gustar á los jóvenes. En el

extracto al contrario juega enteramente á descubierto el enlace y la admirable concatenacion de las ideas del autor; la atencion no se divierte ni se confunde con ideas accesorias; el conjunto de la ciencia se ve todo de una vez en detalle, y tal parece á mis ojos, como un bello relox transparente, que ademas de señalar la hora, deja ver toda su estructura interior, y permite entender el juego de sus ruedas, y sus resortes.

Ademas de estas razones he tenido todavía otro motivo muy poderoso para haber preferido el dar á luz la Ideología del Sr. Destutt-Tracy, y no darla sino en su extracto. Justo admirador como soy de los talentos del autor, y otro tanto como sé apreciar

los adelantamientos de que le es deudora esta ciencia, tan distante estoy de profesar algunas de sus doctrinas, las cuales, sinceramente hablando, son en mi juicio dañosas á los progresos que son todavía de desear en esta ciencia, y no menos las tengo por peligrosas por las consecuencias que podrian inducir sobre algunos artículos esenciales á la moral. A primera vista parecerá tal vez una paradoja el decir que esto mismo ha sido para mí un motivo mas de preferir á este autor. Pero yo me he propuesto dos cosas que son : la primera poner á los alumnos al alcance de todos los adelantamientos que ha tenido esta parte de la metafísica ; la segunda combatir los errores que han

podido deslucirla en los últimos tiempos. Aunque jamas se leyese en las aulas la Ideología del Sr. Destutt-Tracy, no por eso seria menos leída á la parte de afuera, y tal vez que por esta misma razon seria mas buscada y mas seguida. La celebridad del autor, y el tono alhagüeño que toma en su obra con la juventud bastarian quiza parahacer pasar sus ideas sin exámen á los que se entregasen á su estudio sin prevencion y con ansia. ¿ Que partido mejor podria yo pues haber tomado, que presentar el texto neto del autor; ofrecer en él la cadena entera de sus ideas que él mismo ha elaborado en su extracto; dar reunidas y compendiadas en él todas las luces y todos los ade-

lantamientos que ha tenido este autor el arte de añadir á esta ciencia, y señalar y discutir; y discutiendo combatir, cara á cara con él, los errores del tiempo, que un desgraciado espíritu de sistema ha hecho deslizarse en su obra? A este fin son una buena parte de las notas, con que acompaño el texto, ilustrando y aclarando en unos lugares las ideas del autor, desenvolviendo en otros mis principios, é impugnando sin ninguna contemplacion los que á mi parecer, y segun el juicio casi conforme de los mejores metafísicos, no son sino errores y preocupaciones del tiempo en que se escribió esta obra. Una manera tan franca y tan leal de discutir me ganará la confianza de

mis lectores, y contribuirá tal vez para convencerlos otro tanto como la fuerza de mis razones que someto á su juicio y discernimiento. Sobre todo, presentando, como he hecho, el texto literal del autor, he conseguido otra ventaja sobre él, cual es el poder hacer ver sus contradicciones en todos los casos en que se desvía de la verdad, y deducir y comprobar mis doctrinas con las reflexiones que naturalmente brotan y saltan del mismo texto. Sin presentar la traducción del autor yo no hubiera podido jamas obtener este resultado (*).

(*) El autor mismo me perdonará, creo yo, de la mejor voluntad la discusion que voy á entablar de su doctrina. He aquí en prueba de ello como se expresa en la adver-

Los alumnos no carecerán pues en este pequeño tratado que los ofrezco,

tencia que antecede á la segunda edicion de su obra : « Mientras que consigo, dice, poder hacer otra cosa mejor, he creido que seria util suprimir la larga recapitulacion, que terminaba mi ideología, reemplazándola por un extracto razonado que pueda servir de tabla analítica. Yo creo que este extracto será sumamente á propósito para mostrar el encadenamiento de mis ideas, *y para hacer sentir la parte flaca, si acaso hubieren sido mal formadas ó mal seguidas. Este ha sido mi principal objeto, porque nadie puede desear el verse aprobado, sino en tanto que tiene razon.* » Consiguiente á esta manera juiciosa y modesta de pensar, he aquí como se expresa todavía en su introduccion á la misma obra : « A mi lector le ruego que observe, que esta parte de mis obras (ele-

de ninguna idea provechosa de cuantas abraza la ideología moderna,

mentos de ideología propiamente dicha) que someto ahora á su juicio, encierra, rigurosamente hablando, toda la teoria de la ciencia ideológica, y que he deseado sondear su opinion sobre mis principios antes de entregarme al trabajo de aplicarlos. Si yo tuviera la fortuna de recoger buenas críticas, y me viera en la necesidad de reformar mi modo de analizar el pensamiento, necesariamente tendria que modificar mi gramática y mi lógica, y entonces aparecerian tal vez mas dignas de la aprobacion de los inteligentes. » Baste esto para que mis lectores viendo la prudente desconfianza del autor sobre algunas de sus doctrinas, y principalmente sobre su modo de analizar el pensamiento, entren conmigo mas confiados á discutir las y á buscar la verdad.

reasumidas completamente en los elementos del S^r. Destutt-Tracy, y compendiadas en su extracto con grande ingenio (*), ni correrán tam-

(*) Aunque el extracto del autor es casi siempre un análisis exactísimo de su obra, hay sin embargo algunos capítulos sumamente importantes, cuyo extracto me habia parecido demasiado diminuto. Por esta razon en algunos lugares me he tomado la libertad de ampliarlo, pero sin poner nada mio; porque todos los vacios que he encontrado, los he suplido con el texto literal del autor tomado de su obra principal, y guardando en esto la mas escrupulosa fidelidad. Los que se quieran tomar la pena de verificar estas ampliaciones, conocerán que no ha sido este el menor trabajo que he tenido en mi traduccion, y que acaso consiste en él una buena parte de la utilidad y del mérito de esta obra.

poco el peligro de alucinarse con los errores modernos, porque los encontrarán rebatidos al pie del texto, si no me engaño. Mis notas son succintas y claras, y las ideas que contienen dejan á mi parecer un campo seguro y espacioso, donde pueda dilatarse la sabiduría del maestro que las explique, y donde se ejercite el ingenio del alumno que las estudie. Un mes de trabajo, y de un trabajo muy agradable, podrá bastar así con el auxilio de esta obra para aprender en solas diez y ocho lecciones los verdaderos elementos de la ideología, y poder luego consultar con provecho los mejores libros de metafísica, tanto antiguos como modernos. Por otra parte esta enseñanza

elemental podrá precaver los extravíos y las caídas que sería capaz de producir la lectura inconsiderada de algunas obras modernas.

¡ Ojala ! que se adoptase este mismo medio en otros muchos ramos de la enseñanza pública. Contra las sombras es menester la luz : contra las falsas luces otras luces mayores. Pero apagar todas las luces, ó, lo que es lo mismo, proscribir una ciencia entera, y quedarse en tinieblas, es dar mas fuerza á las ilusiones, y acrecentar sus progresos y su influencia.





LECCIONES ELEMENTALES

DE

IDEOLOGÍA.

INTRODUCCION.

AL escribir esta obra, me he propuesto dirigirla principalmente á los jóvenes; porque en la edad de la juventud no se han fijado todavía las opiniones, y se encuentra en ellos mas docilidad para oír y meditar las cosas que se proponen. Por el contrario, los hombres ya hechos suelen pensar que ninguna cosa mas les queda por saber, aunque en la realidad no hayan exa-

minado muchas cuestiones, segun conviene.

Para mí no hay duda ninguna de que los jóvenes sean capaces de estudiar esta ciencia, la cual no es mas difícil que otra cualquiera. Añádase á esto, que es tambien muy necesaria para la inteligencia fácil y cumplida de muchas de las cosas que se enseñan á los niños.

Pero es menester comenzar por lo que ellos conocen, y conducirlos á la verdad desde el punto donde se encuentran. Sobre todo es necesario guardarnos de dar principio á esta enseñanza por medio de definiciones concernientes á algunos términos sumamente abstractos y generales, que se usan en ella. Cuando los jóvenes se encuentren en estado de comprender bien estas definiciones, es decir,

cuando hubieren llegado á estar suficientemente instruidos para percibir con claridad todas las ideas contenidas en cada uno de aquellos términos, entonces habrán adquirido ya , y poseerán completamente esta ciencia.

Lo primero pues que tenemos que hacer , es procurar que los discípulos á quienes vamos á enseñarla, observen y entiendan bien lo que pasa dentro de ellos , cuando piensan y raciocinan , y que de esta manera reconozcan bien todo el juego de sus operaciones mentales.

LECCION 1ª.

¿ Que cosa sea pensar ?

La facultad de pensar consiste en aquella capacidad natural que tenemos de percibir una multitud de impresiones, de modificaciones y maneras de ver, que pasan dentro de nosotros y de las cuales tenemos un sentimiento íntimo, es decir, una advertencia interior de que pasan en nosotros. Todas estas afecciones interiores de nuestro ser pueden comprehenderse bajo la denominacion general de ideas ó percepciones.

Todas estas percepciones ó ideas son cosas que nosotros sentimos, y las podriamos llamar muy bien sen-

saciones ó sentimientos, tomando estas palabras en una acepcion muy general para haber de espresar cualquiera cosa que se siente. Por esta razon podemos decir que pensar es siempre lo mismo que sentir alguna cosa, y que de consiguiente pensar no es mas que sentir. (1)

(1) Desde aquí necesitamos comenzar una juiciosa discusion sobre las doctrinas del Sr. Destutt-Tracy. Este sabio ideologista es uno de los autores que reclaman con mas rigor la propiedad lógica de las palabras, cuando se necesita espresar por medio de ellas ideas sutiles y complicadas; ¿Como es pues que, en el caso presente, se atreve á generalizar de esta manera los signos con que habremos de espresar las diferentes funciones del ser pensante, exponiéndonos de esta suerte á confundirlas? El autor conoce, sin duda alguna, este inconveniente, y asi es que dice, que podríamos dar el nombre de sensaciones ó sentimientos á to-

Pensar ó sentir es para nosotros lo mismo que existir; porque si no sintiéramos nada, no sentiríamos tampoco nuestra existencia, y sería nula para nosotros, mientras la ignorásemos,

das nuestras ideas, *tomando estas palabras en una acepcion muy general*. Convengamos con él por un momento en que esto sea así. Pero cuando un filósofo se toma esta licencia, debe abstenerse de sacar luego una consecuencia y establecer un principio sobre la significacion sumamente vaga y genérica que él acaba de dar á una palabra. Proponer y sentar como un principio, que pensar no es mas que sentir, vale otro tanto como abrir un hormiguero de errores, donde lleguen á confundirse y equivocarse todas las ideas concernientes al exámen de las funciones de nuestro espíritu. Nosotros lo haremos ver oportunamente en el discurso de esta obra. Baste lo dicho en este lugar, para que nuestros lectores suspendan entretanto su juicio, y caminen con precaucion en materias tan importantes.

aunque otros seres se apercibiesen de ella (2).

Entre las ideas ó percepciones, de que somos capaces, las unas son sensaciones propiamente dichas; las otras son recuerdos de ideas ó percepciones, que hemos tenido antes; otras son relaciones que percibimos entre las ideas producidas en nosotros ante-

(2) Sin duda el autor ha querido decir aquí que la ignorancia de nuestra existencia tendria para nosotros los mismos efectos que si no existiesemos, es decir, que la existencia seria entonces para nosotros cual nos persuadimos que lo será para una piedra, la cual no sabe que existe. Pero nuestro autor peca aquí por inexactitud ó por ligereza cuando dice, que *pensar ó sentir es para nosotros lo mismo que existir*. Para hablar con propiedad lógica es necesario no variar lo que dijo Descartes, que *pensar ó sentir es una prueba de existir. Ego cogito, ergo sum*. Entre todos los filósofos los

riamente ; otras de ellas , por último , son deseos que experimentamos.

La facultad de pensar ó de tener percepciones encierra pues las cuatro facultades elementales , que acabamos de indicar : á saber, la *sensibilidad* propiamente dicha, la *memoria*, el *juicio* y la *voluntad* (3).

ideologistas son los que para haber de explicarse deben evitar con mayor cuidado las figuras, y las paradojas.

(3) A la verdad, causa pena que un filósofo, como Destutt-Tracy, dotado de tanta sagacidad y maestría para tratar estas cuestiones difíciles y resbaladizas, no haya acertado á distinguir entre las facultades pasivas y las facultades activas de nuestro espíritu. De este olvido notable nacen los errores que, á nuestro modo de entender, deslucen su obra, tan fecunda por otra parte en observaciones y en descubrimientos felices.

Para poner pues en hito á nuestros lectores

Y si del exámen de estas cuatro facultades resulta que ellas solas son

y hacernos comprender bien desde un principio, llamaremos aquí facultades pasivas de nuestro espíritu los diferentes géneros de capacidad que tiene para ser afectado por las impresiones que se hacen en él, cualquiera que sea su origen y el modo con que se verifican; es decir la capacidad de sentir, la de acordarse, la de juzgar, y la de tener deseos. Pero ademas de estos cuatro géneros de capacidad, ó modos de poder ser afectado que tiene nuestro ser pensante, encontramos en él la facultad de aplicar, ejercitar, dirigir y emplear las tres primeras para la adquisicion ó para la formacion de otras nuevas ideas, y la de presidir sus deseos y determinarlos, prestándose á ellos, ó resistiéndolos y dejándolos sin efecto: razon por la cual tenemos por un error clásico del autor el confundir la idea *deseo* con la idea *voluntad*.

De aquí es que nosotros no admitiremos la clasificacion que el S^r Destutt-Tracy hace en

bastantes para formar todas nuestras ideas , no hay duda que ninguna otra cosa mas que ellas se encuentra en nuestra facultad de pensar (4).

este primer capítulo , sino en cuanto sirve para designar exactísimamente las facultades pasivas de nuestro espíritu , y con la precisa limitacion de que jamas se confunda la facultad de *desear* con la facultad de *querer*. Yo no pretenderé prevenir á nadie en favor de mi doctrina ; pero sí rogaré á mis lectores que la examinen y que la comparen imparcialmente con la del autor. Estoy casi cierto de que el texto mismo del Sr. Destutt-Tracy irá sirviendo de prueba á mis principios , y por esta razon me contengo todavía en desenvolverlos , y me li-
mito por el pronto á indicarlos.

(4) Si nuestro autor quiere decir aquí , que los cuatro géneros de percepciones , que se producen en el ser pensante por el ejercicio de estas cuatro facultades , son los elementos ó los materiales , por decirlo asi , del pensamiento ; sin ninguna dificultad convendremos

LECCION 2ª.

De la sensibilidad y de la sensaciones.

La sensibilidad propiamente dicha es aquella propiedad de nuestro ser, en virtud de la cual recibimos diferentes especies de impresiones, de las cuales somos sabedores, y á las cuales

con su doctrina. Pero si el autor quiere decir, que pensar no es mas que tener sensaciones, recuerdos, juicios y deseos, no podemos menos de desecharla. Las bestias tienen tambien sensaciones, recuerdos, juicios y deseos, y sin embargo les falta mucho para que se pueda decir que tienen las mismas facultades intelectuales que el hombre. Es necesario pues inquirir y saber que facultades sean aquellas que producen esta gran diferencia. Nosotros hablaremos de ellas en otro lugar mas oportuno.

llamamos sensaciones. Conocemos esta propiedad por experiencia propia en nosotros mismos, y la reconocemos en nuestros semejantes y en los otros seres por analogía, á proporcion que ellos mismos nos dan señales de ser sensibles, ó nosotros las descubrimos en ellos. En cuanto á los demas seres que no tienen estas señales, ó carecen de medios de darlas, no podemos ni afirmar ni negar que lo sean (5).

(5) Tales son, por ejemplo, las plantas. Por analogía pudieramos sospechar que teniendo estas muchos órganos semejantes á los que en nosotros son los instrumentos de la sensibilidad, podrian acaso sentir tambien. Pero ellas no tienen medios ni modos de manifestarlo. De aquí es, que no podemos menos de dudar, si tienen ó no tienen sensibilidad. « Sin embargo, dice nuestro autor en su obra principal, ninguno de nosotros podria afirmar con toda certeza que carezcan de esta propiedad, aun las

Los nervios son en nosotros los órganos de la sensibilidad. Sus principales troncos se reúnen en diferentes puntos, y sobre todo en el cerebro, en el cual se pierden y se confunden. Sus extremidades se terminan en la superficie de nuestro cuerpo, y por ellas recibimos las sensaciones que llamamos generalmente del tacto. Sin embargo haciendo un exámen escrupuloso de estas sensaciones, pudiéramos muy bien distinguirlas y repartirlas en diferentes clases, pues que muchas de ellas varían, segun son las diferen-

mismas sustancias minerales. Ninguno puede estar cierto de que una planta no experimente dolor cuando la cortan, ni de que las partículas de un ácido á las cuales vemos siempre dispuestas á unirse con las de un álkalí, no experimenten quiza un sentimiento agradable en esta combinacion. »

tes partes que afecta una misma causa. De aquí es que, hablando con propiedad, el sentido del tacto está compuesto de muchos sentidos diversos (6).

(6) Aunque en la realidad no hay mas que un sentido propiamente dicho del tacto, como las sensaciones, que se reciben por él, varían mucho en el modo con que se verifican, pueden muy bien considerarse estas diversas maneras de sentir, como especies ó diferencias de un mismo género. Por ejemplo, la accion suave de un cuerpo leve ó blando produce en muchas partes de nuestro cuerpo una sensacion ordinaria, que no nos ocasiona ni placer ni dolor; y sin embargo aquella misma impresion hecha en otros puntos de nuestro cuerpo, nos ocasiona aquella sensacion penetrante y bulliciosa que llamamos *cosquillas*. De la misma manera vemos que un polvo de tabaco, aplicado á un punto cualquiera de nuestra piel, es casi imperceptible al tacto; pero aplicado á lo interior de las narices produce aquella sensacion violenta y espasmódica, que se convierte en

Ademas de estas sensaciones generales, hay otras particulares, que las experimentamos como procedentes de las extremidades de los nervios que se terminan en ciertos órganos colocados en la superficie de nuestro cuerpo. Tales son las de la vista, del oído, del olfato y del gusto. A todas estas sensaciones las llamamos *externas*.

Añádanse todavía otras muchas que nos llegan por las extremidades de otros nervios que van á parar á diferentes partes en lo interior de nuestro cuerpo. Nosotros las llamamos por esta razon *sensaciones internas*.

Tales son las que resultan de las funciones, ó de la lesion de las diferentes partes de nuestro cuerpo. Tales son una convulsion del cerebro, á la cual llamamos *estornudo*. Baste esto para concebir lo que quiere decir nuestro autor.

tambien las que nos causan los movimientos de nuestros propios miembros ; y tales son por último las afeciones de placer ó de disgusto que resultan de tales ó tales disposiciones de nuestro individuo y de las pasiones que lo modifican.

Sin embargo las pasiones no deben ser clasificadas entre las sensaciones simples , porque ademas de la sensacion ó sentimiento propiamente dicho, contienen tambien algun deseo, el cual pertenece á la facultad que llamamos voluntad. Asi es que en la pasion se verifica el ejercicio de dos facultades distintas , á saber , la sensibilidad y la voluntad. Pero el estado de sufrimiento ó de goze, en que nos pone una pasion, pertenece tan solo á la sensibilidad propiamente dicha (7).

(7) No confundamos jamas el deseo con la

LECCION 3ª.

De la memoria y de los recuerdos.

LA memoria es otra segunda especie de sensibilidad particular, ó mas bien una segunda parte de la voluntad. El deseo es un movimiento, una excitacion, una afeccion puramente pasiva de nuestro ser, el cual se produce en él de resultas de las impresiones físicas que reciben nuestros órganos, ó del estado en que se encuentran, ó de las ideas que nos ocupan y predominan en nuestro espíritu. Pero ademas de los deseos hay una funcion activa de parte de la voluntad, que podemos llamar *volicion*, la cual es el asentimiento ó el disentimiento del ser pensante con respecto al deseo nacido, adoptándole ó desechándole, y formando una determinacion. La demostracion de esta verdad se encuentra en nuestro sentimiento íntimo. Nosotros haremos ver mas adelante que no es esta una ilusion.

sensibilidad en general, pues consiste en que seamos afectados por el recuerdo de alguna impresion que haya sido experimentada anteriormente (8).

El recuerdo es una especie de sen-

(8) La memoria, diria yo mucho mas simplemente, y tal vez con una sinceridad mas filosófica, es aquella facultad del ser pensante, en virtud de la cual se conservan y reaparecen en nuestro ser pensante las ideas ó percepciones que han sido producidas en nosotros anteriormente. De que manera suceda esto es para nosotros una cuestion tan imposible de resolver, como todas las demas que tienen por objeto la naturaleza y el prodigioso juego de nuestras facultades mentales. Contentémonos con estudiar y conocer sus efectos para saber emplearlas y dirigir las con buen éxito. Ninguna otra cosa mas nos ha sido dada sobre la tierra. Todos los esfuerzos de la razon humana son inútiles para levantar el misterioso velo que cubre á nuestro espíritu, y que rodea toda nuestra existencia.

sacion interna , pero diferente de las que hemos explicado en la leccion anterior, en cuanto es producida por una cierta disposicion que habia quedado en nuestro cerebro, sin que intervenga para este efecto ninguna impresion actual en ninguno de nuestros órganos exteriores.

La naturaleza de esta especie de percepcion, que llamamos recuerdo, no requiere precisamente que, al tiempo de experimentarla, conozcamos que efectivamente es un recuerdo : asi como no es tampoco un requisito de la sensacion propiamente dicha, el que conozcamos de donde nos viene, ni quien la causa. Este discernimiento pertenece á los actos del juicio , del cual aun no hemos hablado.

Para prueba de esta verdad basta el que observemos, que tenemos muchas

veces recuerdos sin advertencia alguna de nuestra parte de que sean efectivamente recuerdos, de donde resulta que los tengamos por ideas nuevas. A semejanza de esto es muy verosímil que nosotros tenemos nuestras primeras sensaciones antes de saber, es decir, antes de haber advertido que hay en nosotros ciertos órganos, por los cuales nos llegan.

Y aun cuando esto no fuese así, y aunque el conocimiento de la procedencia de nuestras sensaciones y de nuestros recuerdos acompañase siempre á cualquiera de estas dos maneras de percibir; no por eso sería menos cierto, que experimentar una sensación es un efecto de la sensibilidad, y que tener un recuerdo es un efecto de la memoria, cuyos fenómenos son enteramente distintos de los de la ter-

cera facultad de que vamos á hablar, que llamamos *juicio*. Estas son unas distinciones, que no deben perderse jamas de vista, so pena de confundir todas las cosas en el análisis del pensamiento.

LECCION 4ª.

Del juicio.

EL juicio, ó, lo que es lo mismo, la facultad de juzgar es tambien una especie de sensibilidad, porque no es mas que la facultad de sentir relaciones entre aquellas cosas que percibimos. (9).

(9) Todo esto no es mas que abusar de las palabras y estirarlas por llevar adelante un sistema. Para ponerme de alguna manera de acuerdo con nuestro autor, yo no tendría inconveniente en transigir con él, y crear, si fuese menester, una palabra nueva, escribiendo *perceptibilidad* en lugar de *sensibilidad*, y entendiendo por aquella, en un sentido genérico, la facultad ó capacidad de tener ideas ó percepciones, sea cual fuere su naturaleza, su origen y procedencia. Establecida y enten-

Estas relaciones son cierta especie de vistas de nuestro espíritu, verda-

dida así esta palabra perceptibilidad, no quedaríamos expuestos á confundir las sensaciones físicas con las percepciones puramente intelectuales. De esta manera la gran cuestión metafísica sobre la naturaleza de nuestro espíritu, que de ninguna manera pertenece á la ideología, quedaria enteramente intacta, y no se presupondria cosa alguna acerca del grande arcano que envuelve y que envolverá siempre á nuestros ojos á este grande agente interior del pensamiento que reconoce todas sus funciones, las dirige, las perfecciona y las emplea con tanto suceso, sin que entretanto alcance á verse ni á adivinarse á sí mismo. La palabra sensibilidad, que en su acepción propia y rigurosa, según nuestro mismo autor, no significa sino la capacidad de tener sensaciones físicas, adoptada que fuese para expresar todas las demas maneras de percibir que tiene nuestro entendimiento, es la mas á propósito para hacernos caer en error, y engendrar una preocupación,

deros actos de nuestra facultad de pensar, por medio de los cuales aproxi-

induciéndonos á pensar que todas nuestras ideas no son en el fondo mas que sensaciones físicas. A la verdad era ya tiempo de que nuestro autor hubiese abandonado ese viejo sistema de la sensibilidad física de Helvecio, que no ha tenido mas fundamento que el abuso de las palabras, y el cual en los grandes progresos, que ha hecho en nuestros dias la ideología, ha perdido ya toda su voga. No engañemos pues á nadie aventurándonos á decir lo que no sabemos ni podremos saber nunca por las solas fuerzas de la razon humana; y sobre todo, evitemos de sustituir á nuestra ignorancia un error clásico, adoptando palabras vagas é impropias por las cuales se pudiera llegar á creer que los grandes fenómenos del pensamiento no son mas que el juego mecánico de la movilidad y de la sensibilidad de nuestros órganos. Las funciones de nuestro entendimiento y las cualidades de nuestras ideas presentan siempre el mismo resultado, sea cual fuere la naturaleza

mamos entre sí dos ideas, las juntamos y comparamos de un modo cualquiera (10). Estas relaciones, que per-

del ser pensante. De consiguiente seria un empeño no tan solamente inútil, sino tambien perjudicial para los progresos de la ideología, el introducir en ella esta cuestion intrincada, con la cual no se conseguiria otra cosa mas que complicar y oscurecer esta ciencia. Y pues que la razon humana no es bastante para resolver esta grave cuestion metafísica, y que por otra parte no es necesario resolverla para haber de conocer la marcha de nuestras facultades intelectuales, ¿cual sera el filósofo de buena fe, que no adopte los presentimientos de su razon misma, y que no respete el dogma religioso, complaciéndose en dejar quieta y pacífica la creencia general y el sentido comun de todos los pueblos, y de todas las generaciones?

(10) Nuestro autor se ve aquí asido por sus propias palabras, pues le oimos hablar de *verdaderos actos de nuestra facultad de pensar*, cuales son acercar entre sí las ideas, juntarlas

cibimos de las cosas son de la misma manera que los recuerdos, sensaciones internas de nuestro cerebro (11).

y compararlas, de cuyas operaciones resulta aquel tercer modo de percibir, que llamamos juicio. Luego, además de la facultad pasiva de sentir ó percibir, tiene el espíritu otras facultades activas, cuyo empleo nos produce este otro género de percepcion. Mas adelante veremos, como tenemos prometido, en su lugar conveniente, cuales sean estas facultades activas.

(11) Yo quisiera que el Sr Destutt-Tracy nos dijera (pues que todavía pudiera muy bien hacerlo) que es lo que entiende aquí por cerebro, cuando dice *sensaciones internas de nuestro cerebro*. Que cosa sea cerebro no hay ninguno que no lo sepa; pero que el cerebro sea el ser pensante no lo ha demostrado nadie; ni los materialistas mismos han estado nunca conformes en cuanto á la designacion del sugeto del pensamiento. ¿A que fin pues esta especie de afectacion de no querer decir lo que todos los sa-

La facultad de sentir relaciones entre las ideas es una consecuencia casi necesaria de la de sentir sensaciones ; porque luego que se tienen

bios antiguos y modernos han dicho para expresar el ser pensante llamándole espíritu ? Porque á lo menos por un convenio general podemos llamar asi en todos los sistemas á este sugeto escondido , y si se me permite decirlo asi , á este *uno maravilloso*, que en cada cual de nosotros siente , se acuerda , juzga , desea , quiere y ordena. Por lo que hace á mí , tengo por tan insignificante despropósito el llamar un juicio *sensacion externa de nuestro cerebro*, como el decir, *deseo de nuestro cerebro*, *voluntad de nuestro cerebro*. El sentido comun resiste este modo de hablar. Semejante irregularidad de lenguaje no es aquí mas que el efecto de un cierto espíritu de sistema y de una mania deplorable con que nuestro autor compromete á cada paso sus doctrinas , y paga á cada paso un tributo , impropio de sus luces , á cierta escuela que no tiene ya mas concepto.

distintamente dos sensaciones, se sigue naturalmente que se sientan sus semejanzas, sus diferencias, sus enlaces, etc. Pero el sentimiento ó percepcion de las relaciones de dos ideas no puede tenerse sino despues de tenidas las ideas ó percepciones, que son el objeto de la comparacion que hacemos de ellas; es decir, que la facultad de juzgar no puede existir sin la facultad de sentir.

De esta facultad proceden todos nuestros conocimientos. Porque si nosotros no percibiéramos ninguna relacion entre nuestras percepciones, y de consiguiente no formaríamos ningún juicio, no pasaríamos nunca de otra cosa, que de estar afectados, y no sabríamos nunca nada (12).

(12) Luego el saber es alguna cosa mas que

Para percibir una relación, es decir, para formar un juicio es menester tener á un mismo tiempo dos ideas distintas; pero no se necesitan mas que dos.

Por esta razon una proposicion, la cual no es mas que la declaracion de un juicio, no tiene nunca mas que dos términos, que son el sujeto y el atributo. El verbo no es en ella mas que una parte del atributo (13). Asi es

estar afectados, es decir, es alguna cosa mas que sentir (nuestro autor lo reconoce asi terminantemente en este lugar), luego pensar es algo mas que sentir. Estar afectado y no saber nada, equivale á sentir y no pensar: luego pensar no es lo mismo que sentir. Yo no sé que es lo que podria responder aquí el Sr Destutt-Tracy.

(13) Para mayor exactitud en el language, creo yo que seria mejor designar con la palabra

que se engañan los que piensan que el verbo expresa el acto del espíritu que llamamos juicio. Para prueba de que el verbo no tiene tal oficio basta solo el que observemos que, cuando un verbo está en el modo infinitivo, no resulta en la frase la expresion de ningun juicio (14).

predicado lo que nuestro autor llama *atributo*, por que hay muchas proposiciones en las cuales se afirma de un sujeto la falta ó la privacion de un atributo. Cuando yo digo por ejemplo: *el vacio no es otra cosa mas que la nada*, ninguno dirá que la nada sea un atributo; pero podrá muy bien decir, que la nada es un predicado, es decir, lo que se afirma del sujeto de esta proposicion. La palabra atributo lleva consigo la idea de una cualidad, de una facultad, de una manera de ser. Asi es que todo atributo podrá ser *predicado*; pero todo predicado no será siempre un atributo.

(14) Con efecto si yo uso en infinitivo sola

Todo juicio es necesariamente positivo, porque es una percepcion. Ningun juicio es negativo ni puede serlo, porque no puede percibirse una cosa que no existe.

Asi es que no hay en la realidad proposiciones negativas. Las que lo parecen no tienen de negativas mas que la forma. Si las examinamos bien

mente alguno de estos verbos, *ser, haber, ó existir*, yo no hago otra cosa que denotar el atributo de la existencia. Si yo digo tambien en infinitivo, por ejemplo, *dormir ó cantar*, yo no expreso otra cosa que el estado, ó manera de ser ó de obrar que puede tener un sugeto, lo cual no es otra cosa mas que un predicado ó atributo en abstracto, es decir, separado de todo sugeto. Al contrario, puesto el verbo en los otros modos, es un atributo en concreto, es decir, un atributo contrahido al sugeto de quien se predica, como cuando digo, *yo existo, hay gente, tu dormias, aquel canta*.

á fondo , veremos siempre que contienen una afirmacion (15).

La afirmacion, en cualquiera proposicion, se reduce siempre á significar que la idea total del atributo está comprendida enteramente en la idea del sujeto, y que hace parte de ella; porque ningun juicio consiste en otra

(15) Esto es muy fácil de concebir con un ejemplo cualquiera. Supongamos esta proposicion: *la luna no es un cuerpo luminoso*. Cuando yo digo esto, es lo mismo que si dijera: *la luna es un cuerpo que no tiene luz propia*, lo cual equivale á decir con mayor precision: *la luna es un cuerpo opaco*. He aquí ya la forma positiva. Pero las lenguas no estan bástantemente surtidas de palabras para expresar siempre los juicios bajo la forma positiva. De aquí es que en muchas ocasiones nos es preciso usar de la negacion, como de una especie de circumloquio, por falta de una palabra que exprese la idea afirmativamente. Otras veces sucede que nos con-

cosa mas que en conocer que tal ó tal idea es una de las ideas que componen la otra, y de consiguiente una parte de ella (16).

De aquí podrá inferirse que ha sido tambien un error el llamar término mayor de la proposicion al atributo.

venga usar mas bien del circumloquio negativo para dar mas claridad á la expresion, ó para añadirle mas valor y energía : pero en todo caso la afirmacion está escondida debajo de la forma negativa.

(16) Supongamos esta proposicion : *la ciudad es populosa*. Tenemos en ella la declaracion de un juicio por el cual reconozco que la idea *populosa* toda entera se debe predicar de la idea *ciudad*, es decir, que forma parte de las ideas que componen la idea de aquella ciudad de que se está hablando. He aquí pues claramente que la idea total del atributo está comprendida en la idea del sujeto, y no forma mas que una parte de ella.

A la verdad el atributo es siempre una idea mas general que el sujeto. Se puede decir muy bien, *todo hombre es animal*; y no se puede decir, *todo animal es hombre*, porque la idea *animal*, que es el atributo, tiene mas extension que la idea *hombre*, que es el sujeto (17). Pero en la declaracion de un juicio, la extension de la idea *atributo* está determinada por la idea sujeto, por manera que no se entiende ni se puede entender con mas

(17) Entendemos por extension de una idea la totalidad de los individuos de quienes puede predicarse esta idea. Llamamos asimismo comprehension de una idea la totalidad de los atributos ó predicados que contiene. En la idea *hombre*, la extension son todos los individuos de la especie humana; y la comprehension son todos los atributos que encierra la idea de animal racional. Nuestro autor trata luego mas por extenso esta doctrina.

extension que la que admite la idea sujeto. Asi es que en todo juicio la idea *atributo* queda reducida de modo que no puede ser mas grande que la idea *sujeto* (18).

Esto en cuanto á la extension; porque en cuanto á la comprehension,

(18) He aquí la manera con que el autor declara mejor esta doctrina en una nota de su obra grande. « Cuando yo digo que el hombre
« es animal, se entiende muy bien que digo que
« es animal de cierta especie, y no de todas las
« especies de animales, lo cual seria un disparate. Cuando yo digo, *este hombre está enfermo*, se entiende que lo digo de algun
« género de enfermedad, pero no de todas las
« enfermedades posibles. Luego, cualquiera
« que sea la extension de un atributo, queda
« siempre limitada en la proposicion á la extension de la idea sujeto, y en la realidad,
« bajo este aspecto, no es mayor, sino igual
« al sujeto ».

cualquiera verá al instante, que mientras mas general sea la idea *atributo*, de menor número de ideas se compondrá, y que de consiguiente su comprehension será menor. Resulta pues de una manera evidente que la idea *atributo* es de hecho igual en extension á la idea *sujeto*, y menor que ella en comprehension (19).

(19) Esto se acabará de concebir muy facilmente con otro ejemplo, v. g. en esta proposicion: *la tierra es redonda*. La idea *tierra* se compone de muchas mas ideas que la idea *redondo* ó *cosa redonda*; luego la idea *tierra*, que es el sujeto de esta proposicion, es mayor en comprehension que la idea *redonda*, que es el atributo. En cuanto á la extension, la idea *redonda* se predica aquí de la tierra, no por todos los modos que hay de ser redonda una cosa, sino por alguna de las maneras con que un cuerpo puede ser redondo, y segun lo es la tierra. Luego la idea *redondo* no tiene aquí

LECCION 5ª.

De la voluntad y de las sensaciones de deseos.

LA voluntad es otra cuarta especie de sensibilidad, es á saber, la facultad de sentir deseos (20)

mas extension que la que corresponde al sujeto de quien se predica, que es la tierra. He aquí pues el atributo igual en extension con el sujeto, asi como ya le hemos visto menor en comprehension.

(20) Esta definicion del autor no comprende sino las funciones puramente pasivas de nuestra voluntad, es decir, hablando con toda la exactitud lógica, la facultad de amar ó aborrecer. Nuestros deseos no son mas que amores ú odios de mil diferentes especies, los cuales se producen en nosotros por un efecto de las percepciones que obran con mayor fuerza so-

Nuestros deseos son consecuencias de nuestras percepciones y de nuestros juicios , pero tienen la particular condicion de que por ellos somos felices ó degraciados, segun que estos mismos deseos tienen ó dejan de tener su logro y su cumplimiento.

Añádase á esto otra particularidad notable , y es que el empleo de nuestras fuerzas tanto mecánicas como bre nuestro espíritu y que predominan en él. Pero de la misma manera que hay una gran diferencia entre *ver* y *mirar*, entre *oir* y *escuchar*, y entre *sentir*, y *reflexionar* sobre las cosas que se sienten; así hay tambien una facultad activa en nuestro ser pensante, que no son los deseos mismos, y que obra sobre ellos, adoptándolos, ó resistiéndolos, á la cual se podría llamar voluntad por excelencia, y de la cual parece desentenderse nuestro autor. El sentimiento íntimo nos hace conocer muy bien que no es lo mismo *desear* que *querer*.

intelectuales depende en gran parte de ellos, de suerte que por causa de ellos somos una verdadera potencia en el mundo. De aquí resulta que nosotros confundimos nuestro *yo* con esta facultad mas bien que con ninguna otra, y que es lo mismo decir, *esto pende de mí*, que el decir *esto pende de mi voluntad* (21).

(21) Destutt-Tracy continua confundiendo siempre el deseo con la volicion. Asi es que yo no me cansaré de prevenir al lector contra los errores que podrian nacer de este modo de entender nuestra voluntad. Todos los dias y á cada instante deseamos cosas, que sin embargo no las queremos y las apartamos de nosotros. Un deseo puede ser muy vehemente, y sin embargo puede ser reprimido por un querer contrario. Se me dirá tal vez que el acto de querer no es mas que *un deseo triunfante*. Yo no disputaré sobre los nombres que se quieran dar á las cosas, pero sí observaré que los deseos no son sino afecciones pasivas del espíritu, mu-

De aquí procede tambien la importancia que ponemos en poseer la voluntad de los demas, en que ella nos sea favorable, y en que nos tengan benevolencia.

Del deseo de su benevolencia nace con razon el deseo de su aprecio; y del deseo de su benevolencia y su aprecio nace tambien precisamente aquel sentimiento de bienestar que ex-

chas de las cuales nacen y se radican en nosotros á pesar nuestro; y que por el contrario las voliciones ó los actos del querer proceden de nuestra propia determinacion, puesta á veces de tal manera en guerra contra un deseo, que la violencia, que nos hacemos, suele llegar hasta á hacernos perder la salud y la vida. He meditado muchos años y de la mejor buena fe sobre esta cuestion de metafísica, y he encontrado siempre tanta diferencia entre el deseo y la volicion, como la que encuentro entre ser movido, ó moverme por mí mismo.

perimentamos quando nos hallamos poseídos de iguales afectos de benevolencia hácia los otros; ó aquel disgusto que nos atormenta cuando nos ocupan pasiones rencorosas, ó sentimientos de odio.

Otra consecuencia de las propiedades de la voluntad es lo mucho que nos importa arreglarla bien. El medio de conseguirlo es cuidar grandemente de rectificar nuestros juicios, porque nuestros deseos no son mas que el resultado de los juicios que formamos. Y mas que todo debemos poner nuestro conato en evitar que se produzcan en nosotros deseos contradictorios, es decir, deseos cuya satisfaccion podria conducirnos á maneras de ser que por otra parte desearíamos evitar; porque en situaciones de esta naturaleza es una cosa imposible conseguir de ser felices.

LECCION 6ª.

De la formacion de nuestras ideas compuestas.

HE aquí pues ya cuatro facultades distintas en nuestra facultad de pensar, y cuatro maneras diferentes de percibir; de las cuales las tres últimas son consecuencias de la primera, y no podrian verificarse sin ello (22).

(22) La exactitud lógica de las palabras requiere que digamos mas bien que las tres últimas maneras de percibir son ocasionadas por la primera.

Añadamos tambien una observacion muy importante, por lo que es la sinceridad con que deben tratarse estas materias. En el orden natural de nuestro ser, no conocemos otro me-

Pero ninguna de las innumerables ideas ó percepciones que existen en nuestras cabezas son ideas simples, es decir, ninguna de ellas es el resultado de un solo acto intelectual. Todas ellas son compuestas, ó lo que es lo mismo, todas ellas han sido formadas

medio de tener ideas; pero en buena filosofía no podemos asegurar que acaso no pudiera existir otro medio de tenerlas. Una cosa es no conocer otros medios, y otra cosa es no haberlos. ¿Cuántas cosas existirán, y sin duda ninguna existen, que nosotros no conocemos? ¿Cuántas y cuántas nuevas propiedades hemos descubierto poco tiempo hace en los cuerpos, que por espacio de muchos siglos fueron desconocidas? ¿Y quien sabe, naturalmente hablando, si nuestro ser pensante podrá tener otros medios de conocer, que no dependan de él, y que por tanto los ignore? En buena filosofía no se puede negar la posibilidad de aquella que no envuelve contradicción.

por la intervencion no solo de alguna, sino de las mas, ó de todas estas cuatro facultades elementares.

Veamos pues de que manera con estos elementos, *sensaciones*, *recuerdos*, *juicios*, y *deseos*, llegamos á formar nuestras ideas compuestas.

Cuando nosotros hemos tenido por la primera vez una sensacion, si no hemos hecho otra cosa que sentirla, entonces aquella sensacion habrá sido para nosotros una idea absolutamente simple, un solo acto intelectual.

Pero si despues de recibida esta sensacion, le hemos añadido luego al instante el juicio de que tal ó tal ser ha sido el que la ha producido en nosotros, desde aquel momento mismo ha dejado de ser una idea simple; y se ha convertido en una idea compuesta de la accion de sentir, y

de la de juzgar; pero contrahida á un solo hecho y de consiguiente particular.

Cuando, despues de esto, hemos tenido otra sensacion semejante, producida por la accion de otros seres, el recuerdo de esta sensacion se convierte entonces en una idea general, ó comun á todas las sensaciones que le son semejantes, en la cual no estan comprendidas las circunstancias del tiempo, ni las del lugar en que se han verificado, ni otras muchas ideas que son particulares á cada una de ellas, y distintas entre sí.

De esta manera la idea, por ejeniplo, del color rojo deja de ser para nosotros aquello que fue en un principio es decir, la idea del color rojo deja de ser el recuerdo de la impresion causada por tal ó tal cuerpo rojo. La idea de este color, es ya desde entonces para

nosotros la idea de aquella misma impresion producida igualmente por todos los cuerpos rojos; asi como la idea de la bondad no es ya la idea particular de la cualidad de tal ó tal ser que obra bien, sino la idea de la misma cualidad considerada en todos los seres que obran bien.

Otro tanto sucede con las ideas que tenemos de los seres reales, las cuales son siempre compuestas. Nosotros las formamos de la reunion de todas las impresiones que estos seres hacen sobre nosotros.

De la reunion por ejemplo de cierto olor y de cierto sabor llegué yo á formarme la idea de la primera fresa que hube visto. Pero al presente la idea de fresa es para mí una idea generalizada y comun á todos los individuos de la misma especie que yo he visto; para lo

cual he tenido que prescindir de las pequeñas diferencias accidentales, que se notan entre estos mismos individuos; por manera que en viendo alguno de ellos me lo represento bajo la idea compuesta que se designa con la palabra fresa.

Por lo que va dicho se ve pues claramente, que las ideas compuestas individuales se forman por medio de la reunion que hacemos de nuestras ideas ó percepciones elementales. De la misma manera se ve que las ideas generales compuestas se forman, quitando nosotros algunas cualidades accidentales, ó menos necesarias entre las que forman las ideas compuestas individuales, y conservando aquellas que son communes á una coleccion de individuos.

Estas dos operaciones bastan para

formar todas nuestras ideas compuestas, sin que encierren jamas mas elementos que sensaciones, recuerdos, juicios y deseos (23).

Pero conviene mucho observar que en la realidad no existen mas que individuos, y que nuestras ideas generales compuestas no son cosas que existan fuera de nosotros. Las ideas generales no son mas que puras creaciones de nuestro espíritu, ó, para hablar con mas propiedad, maneras que tenemos de clasificar las ideas de los individuos.

Se sigue de aquí, que á proporcion que una idea es mas general, mayor es tambien el número de individuos

(23) Por lo que hace á mí, en consecuencia de mis principios ya indicados, para estar conforme con la doctrina del autor deberé añadir á los *deseos* las *voliciones*.

de los cuales ha sido extrahida, ó, lo que es lo mismo, es mayor tambien el número de individuos que abraza esta idea. Este número, mayor ó menor de individuos, que abraza una idea compuesta general, es lo que llamamos y constituye su *extension*.

Se sigue tambien que mientras mayor es el número de individuos que comprende una idea general, menos es tambien el número de las ideas particulares que contiene de ellos, es decir, de las ideas ó percepciones elementales que contiene correspondientes á aquellos individuos; porque mientras mayor fuere el número de los individuos que abraza, mayor habrá de ser tambien el número de las diferencias, que habrá entre estos mismos individuos, y de consiguiente será menor el número de las ideas ó percep-

ciones elementales, que les serán comunes. El número de estas ideas elementales, que contiene idea general, es lo que llamamos su comprensión (24).

(24) Para acabar de concebir bien esta doctrina, volvamos á tomar el ejemplo de la *fresa*. Bajo la idea expresada por esta palabra *fresa*, entendemos el fruto ó producto de una planta que nos causa ciertas sensaciones de sabor y de olor, que nosotros conocemos, y sentimos ser distinto de otros sabores y otros olores. Este gusto pues y este olor idéntico, que tienen todos los individuos, que hemos llamado fresas, es lo que forma la comprensión de esta idea. Su extension se compone de todos los individuos contenidos bajo la idea de aquel sabor y de aquel olor, que les es comun. Claro está pues que mientras yo no quite alguna de estas ideas elementales que forman la comprensión de la idea *fresa*, no se podrá aplicar á mas individuos que á los que yo llamo fresas. Pero si yo digo *fruta*, entendiendo por ella cual-

De lo que llevamos dicho resulta tambien, que de cada uno de estos individuos podemos nosotros afirmar todas las ideas elementales, que contiene la idea general; pero que de la idea general no podemos afirmar aquellas circunstancias que son particulares á cada individuo, es decir, aque-

quier producto de árboles ó plantas, que tenga olor, ó que no le tenga con un sabor cualquiera, habré disminuido la comprehension de la idea compuesta general *fresa*; por que he quitado la idea de olor, y la de sabor la he disminuido, poniendo un sabor cualquiera en lugar de tal sabor determinado que tenia la fresa. Y he aquí desde este momento, á proporcion de lo que he disminuido la comprehension de la idea fresa, ha crecido tambien la extension de la idea general que me ha quedado, y que designo con la palabra *fruta*; porque con esta reduccion que he hecho en ella, abrazo ya, no solamente los individuos que llamo fresas, sino

llas ideas ó percepciones elementales, que forman sus diferencias. He aquí pues una consecuencia de mucha importancia que se nos viene á los ojos, y es que la idea general no es la causa de la verdad de la afirmacion, sino que al contrario toda su certeza depende de los hechos particulares que han concurrido para formarla; ó, para decirlo mas claramente todavía, que las ideas generales no tienen mas certeza que la que tienen las ideas particulares que la componen.

tambien la infinidad de los demas productos de los árboles y de las plantas que tienen un sabor ó un gusto, cualquiera que sea.

LECCION 7ª.

De la existencia.

Lo que llevamos dicho hasta ahora es propiamente la historia de nuestras modificaciones interiores y de las creaciones de nuestro pensamiento, prescindiendo de sus relaciones con todos los seres que son distintos de él, y del modo por el cual llega á apercibirse de su existencia.

Nos queda pues por examinar de que manera hemos llegado á juzgar que nuestras sensaciones son ocasionadas por otros seres distintos de nosotros, y si hemos tenido razon para formar este juicio.

Por de contado es una verdad que

nuestras sensaciones internas no nos demuestran otra cosa mas, que nuestra propia existencia.

Otro tanto se puede decir sin contradiccion de los sabores, los olores y los sonidos. Ellos no nos prueban mas sino que gustamos, que olemos, ó que oímos, ó lo que es lo mismo, que tenemos estos tres modos diversos de sentir.

Lo mismo tenemos que confesar con respecto á las sensaciones visuales; porque, ademas de otras muchas razones que omitimos, basta solo que observemos que un mismo ser produce sobre nuestros ojos diversas impresiones segun varían de posicion, de distancia, de luz, etc.; y de consiguiente es una cosa clara, que ninguna de estas impresiones es bastante por sí misma para hacernos conocer la

existencia real y permanente de aquel ser.

Las sensaciones del tacto que experimentamos sin ningun movimiento de nuestra parte, es decir, sin ningun movimiento producido por nosotros mismos, y en las cuales permanecemos por tanto puramente pasivos, no pueden bastar tampoco para hacernos conocer la existencia de otros seres distintos de nosotros. Cualquiera de estas afecciones pasivas de nuestro ser nos puede hacer conocer nuestra sensibilidad y de consiguiente nuestra existencia; pero ninguna de ellas basta por sí sola á descubrirnos la verdadera causa que pone en juego nuestra sensibilidad.

La sensacion que experimentamos, cuando por casualidad se agita alguno de nuestros miembros, parece mas á

propósito para hacernos sospechar por la primera vez la existencia de otros seres; porque cuando por razon de algun obstáculo, que se le opone, tiene que cesar nuestro movimiento, conocemos que hallamos resistencia. Sin embargo la verdad es, que aun en este caso, la sensacion que experimentamos no nos indica todavía, ni porque ha cesado nuestro movimiento, ni que cosa sea la que se le opone, ni si tenemos miembros, ni que cosa sea su movimiento.

Pero si á esta sensacion de movimiento se añade todavía la circunstancia de que sea voluntario, y tengamos deseo de continuarlo, entonces no puede quedarnos duda de que si cesa, no está en nosotros la causa. Cuando sucede de esta manera, estamos ciertos de dos cosas: á saber, la

primera, de que existimos y queremos seguir moviendonos; la segunda de que hay alguna cosa que nos impide movernos. Y aun cuando por la primera vez no llegásemos á sospechar nada acerca de aquella otra existencia que nos resiste, no tardaríamos largo tiempo en sospecharlo y en conocerlo, pues no podríamos menos de notar que muchas impresiones de distintos géneros cesan constantemente, cuando cesa aquel sentimiento de resistencia; y que al instante que vuelve á reproducirse se experimentan otra vez aquellas mismas impresiones. El resultado de nuestros juicios es conocer entonces con seguridad, que aquellas impresiones son otros tantos efectos de las cualidades de otro ser, que no somos nosotros, y cuya principal propiedad es la de resistir constantemente á

nuestro deseo de tener la sensacion de movernos.

En una palabra, cuando un ser organizado y capaz de querer y obrar reconoce en sí mismo una voluntad y una accion propia, y cuando puesto en esta situacion se apercibe al mismo tiempo de que se opone cierta resistencia á aquella accion querida y sentida por él, no puede menos de conocer dos cosas, que son su existencia, y la existencia de algun otro ser, que no es el mismo. *Accion querida y sentida* por una parte, y *resistencia* por otra, he aquí el primer lazo de comunicacion entre nuestro ser y los otros seres, entre los seres que sienten y los seres sentidos.

De aquí se sigue, que si la materia no fuese resistente, no hubieramos podido experimentar jamas ninguna sen-

sacion; ó que, en el caso de que la hubiéramos podido experimentar, no hubiéramos podido conocer por ella mas que nuestra propia existencia. Infíere-se tambien que el estar la materia dotada de la propiedad de resistir, no seria bastante para hacernos conocer que existia alguna cosa distinta de nosotros; si nosotros no fuéramos capaces de movimiento, y si ademas de tener esta capacidad, no fuésemos tambien capaces de sentirlo y de quererlo.

Y por último se infiere, que un ser totalmente inmaterial y sin órganos no podria conocer ninguna otra cosa mas que á sí mismo; razon por la cual, si nosotros, á lo menos en parte, no estuviésemos compuestos de materia, no podríamos pensar como pensamos, ni sabríamos nada de lo que sabemos (25).

(25) Nuestro autor aventura aquí una con-

LECCION 8ª.

De que manera nuestras facultades intelectuales comienzan á obrar.

EN este capítulo me he propuesto por objeto refutar una opinion que tuve yo mismo y publiqué en otro tiempo. Habia yo pensado que mientras nosotros no habríamos llegado á conocer otra existencia que la de nuestro pro-

jetura muy superior á nuestros alcances. El no conocer nosotros la posibilidad de otros medios, no es bastante para pensar que sea imposible cualquier otro medio que nosotros no alcanzamos en nuestra presente situacion. Lo único que podemos asegurar, es que nuestra pobre razon humana no alcanza á saber por sí sola si los hay, ni cuales sean en el caso de haberlos.

pio ser, mediante nuestras sensaciones, deberian confundirse necesariamente nuestras percepciones las unas con las otras, á medida que se irian sucediendo. Creia yo tambien que muchas ideas simultáneas no nos deberian parecer que eran mas que una sola idea, y que en tal estado no tendríamos ningun medio para distinguir claramente y á un mismo tiempo dos ideas distintas. De aquí inferia yo, que puestos en esta situacion no habríamos podido formar juicios, ni tener deseos, ni mucho menos ejecutar movimientos en virtud de deseos. Suponiendo que todo esto fuese asi, se seguirá naturalmente, que si para tener advertencia de que existian otros seres distintos de nosotros, se necesita tener movimientos voluntarios, nunca jamas en aquella hipótesis podríamos haber

sospechado siquiera que existian tales seres. Pero yo creia entonces, que bastaban los movimientos fortuitos para hacernos descubrir la existencia de los cuerpos, y que no era necesario que estos movimientos fuesen hechos con la intervencion de la voluntad en los términos que lo dejo propuesto y explicado en el capítulo anterior.

Mas ahora pienso de distinta suerte, y estoy persuadido de que, para haber de inferir que existen otros seres fuera de nosotros, se necesita que tengamos movimientos *queridos*. Ademas de esto me parece bien probado por la razon y por los hechos, que basta el percibir una sensacion para que podamos á lo menos juzgar, que esta sensacion es agradable ó desagradable de una cierta manera, y para que, en consecuencia de ello, podamos tener deseos

de sentirla ó de no sentirla. De esta manera, admitiéndolo así como yo lo pienso, bastará solo el que conozcamos nuestra propia existencia, por medio de nuestras sensaciones, para que podamos tener y gozar ó experimentar la sensación del movimiento. Luego también la simple sensación, es decir, el sentimiento solo de nuestro *yo*, sintiendo de una cierta manera, ó lo que es lo mismo, el sentimiento íntimo de nuestra propia existencia, ocasionado por nuestras sensaciones, bastará sin duda para hacer nacer recuerdos, juicios y deseos, y de consiguiente para poner en acción la memoria, el juicio y la voluntad.

LECCION 9^a.

De las propiedades de los cuerpos y de sus relaciones.

QUEDAMOS pues convenidos en una observacion, y es, que mientras no habríamos hecho mas progresos que sentir, acordarnos, juzgar y querer, sin que de esto se hubiese seguido ninguna accion de parte nuestra, no podríamos haber tenido conocimiento mas que de nuestra propia existencia, ni nos habríamos conocido á nosotros mismos sino como un ser que sentia, ó como una especie de *virtud sintiente*, sin ninguna idea de extension, ni de partes, ni de forma, ni de las demas cualidades que constituyen la idea que tenemos de los cuerpos.

Convenimos tambien del mismo mo-

do, en que aun despues de puesta en ejecucion nuestra voluntad, es decir, despues de habernos movido en consecuencia de querer movernos, lo único tal vez que habríamos adelantado en nuestros conocimientos habria sido el apercibirnos de la fuerza de inercia de nuestros miembros, es decir, de la propiedad que tiene la materia de nuestros miembros de resistir el movimiento antes de ceder á él. Pero no será menos cierto, que cuando aquel movimiento, que nosotros sentimos y queríamos continuar, es detenido, ó sufre alguna resistencia, no podemos menos entonces de descubrir con certeza que existe alguna cosa distinta y á parte de nuestra *virtud sentiente*. Esta cosa es pues nuestro mismo cuerpo, los cuerpos que nos rodean, el universo entero y cuanto le compone.

De esta manera, la propiedad que hay en otros seres, que no somos nosotros, de resistir á nuestra voluntad de movernos, es la base, ó por mejor decir la ocasion de todo cuanto llegamos á conocer. Un ser, que no nos haria ninguna resistencia, no podria causarnos ninguna sensacion; y para nosotros, por mas que existiese, seria lo mismo que la nada (26).

Esta propiedad de resistir es la que llamamos *fuerza de inercia* de los cuer-

(26) Esta última proposicion seria muy aventurada, si con ella se pretendiese decir, que absolutamente no hay mas medios para poder tener percepciones ó ideas, que los que nos son conocidos en el presente estado de nuestra organizacion mental. Hemos dicho ya dos veces, y lo repetimos otra vez, que de no sernos conocidos otros medios, no podemos inferir que no los haya, ó que no sean posibles.

pos, la cual no tiene juego ni se descubre, sino en razon de la *movilidad* de los mismos cuerpos, es decir, de su capacidad de moverse.

La *movilidad* y la *inercia* son pues las dos primeras cualidades de los cuerpos, sin las cuales no podria subsistir nuestra organizacion, ni podríamos conocer ninguna cosa, ni sentir nada. Sin ellas no podríamos concebir siquiera, que cosa seria la existencia del universo.

A estas dos propiedades es necesario añadir todavía otra tercera propiedad, á saber aquella en virtud de la cual los cuerpos que se mueven tienen el poder de obrar sobre los otros, y de desalojarlos del lugar que ocupan. A esta fuerza la llamaremos nosotros, *fuerza de impulsión*.

La *movilidad*, la *inercia* y la *impul-*

sion son pues tres propiedades inseparables y correlativas. Nosotros no hacemos en un principio otra cosa mas que sentir sus efectos, sin saber todavía que cosa sea movimiento.

Nosotros llegamos despues á saber que el movimiento consiste en mudar de lugar, y lo sabemos esto porque los obstáculos que se oponen á nuestros movimientos tienen la cualidad de ser sentidos por nosotros continuamente mientras que hacemos el movimiento. Y he aquí ya en lo que consiste la propiedad de ser extenso.

La extension es pues para nosotros aquella propiedad, ó disposicion que tienen las cosas ó los seres por razon de la cual pueden ser corridos por el movimiento. Lo que es sentido asi es un ser existente y real. Al contrario lo que no nos produce ninguna sensa-

cion mientras nos movemos, no es ninguna cosa, es la nada, el vacío.

La idea del *espacio* vacío ó lleno es una idea abstracta de estas dos, *el ser* y la *nada*, comparadas bajo el respecto de sus relaciones con nuestros movimientos (27).

(27) Para comprender mejor estas profundas observaciones de nuestro autor, oigamosle á él mismo en el capítulo IX de su obra grande correspondiente á este lugar. « Supongamos, dice, que hacemos cierta cantidad de movimiento á fin de llegar desde un punto de un cuerpo á otros puntos del mismo cuerpo. Queriendo pues explicar lo que yo siento entonces, digo, que aquel cuerpo es extenso. Supongamos despues que se quita aquel cuerpo : claro está que necesitaré, de la misma manera que antes, la misma cantidad de movimiento para llegar desde el lugar donde estaba uno de aquellos puntos materiales, ó resistentes del cuerpo que se ha quitado, hasta los lugares donde estaban los

La extension es una propiedad sin la cual no podemos concebir ninguna

« otros puntos materiales de aquel mismo cuer-
« po. Asi es que no podré menos de concebir
« que entre estos puntos ó parages hay el mis-
« mo espacio que habia entre los puntos del
« cuerpo sobre el cual me habia movido antes.
« Pero como yo podré moverme ahora en todas
« direcciones sobre este espacio, lo cual es una
« cosa que yo no podia hacer antes, añadiré
« que este espacio está vacío en lugar de estar
« lleno, ó, lo que es lo mismo, que ninguna cosa
« me resiste en donde hallaba antes la resisten-
« cia, asi como yo digo que un cofre está lleno ó
« vacío, concibiendo que está lleno, cuando las
« cosas que hay dentro de él hacen resistencia
« á nuestra mano que las toca, ó que esta vacío
« cuando dentro de él no hay nada que resista
« nuestro movimiento. Pero un cofre consiste
« en las paredes que lo componen indepen-
« dientemente de lo que él encierra, y el espa-
« cio no tiene paredes. ¿Que seria pues un cofre
« vacío que no tendria paredes? La nada abso-
« lúta. De la misma manera pues hemos obser-

existencia real, porque nosotros no podemos concebir de que manera

« vado nosotros, que mientras nos movemos
« sin hallar por ninguna parte resistencia, no
« encontramos nada, ni existe nada para no-
« sotros, y que aquello donde cambiamos de
« lugar no es nada, á lo menos en nuestro modo
« de sentir, y en nuestro modo de ver las cosas.
« El *espacio* es pues la cualidad de ser extenso
« considerada á parte de todo cuerpo al cual
« pueda pertenecer: mas claro, la idea *espacio* no
« es mas que una idea abstracta: el espacio es la
« nada personificada ó convertida en sugeto
« por una operacion de nuestro entendimiento,
« para haber de explicar la facultad que tene-
« mos de movernos cuando *ninguna cosa* no
« nos lo impide, ó, lo que es lo mismo, esta
« *nada* nos lo permite. Y he aquí una nueva
« prueba de que moviéndonos es como descu-
« brimos si existe alguna cosa, ó si no existe
« nada al rededor de nosotros, es decir, para
« hablar en este caso con todo el rigor lógico,
« al rededor de nuestra facultad de sentir y
« querer, ó al rededor de mi ser pensante. »

existiría un ser, que no existiese en ninguna parte.

De la propiedad de ser extenso se deriva necesariamente la de ser *impenetrable*, es decir, de no poder ceder un cuerpo su lugar, sin ocupar otro lugar.

De la misma propiedad de ser extenso se deriva también la de ser *divisible*, es decir la propiedad de estar compuesto de partes existentes en *lugares distintos*.

De la extension se deriva igualmente la cualidad de tener una cierta forma, es decir, de estar *circumscripto* en ciertos límites (28).

(28) «Ningun cuerpo puede ser extenso hasta lo infinito, pues si lo fuese, no existiría mas cuerpo que él. Además de esto, nosotros no podemos tener una idea cabal de lo infinito en ningun género, La *infinidad* es una idea

Las palabras *forma* y *figura* no deberían confundirse. La forma, que reconocemos en cualquier cuerpo por el tacto, aparece ó se hace sentir siempre de una misma manera; pero las formas con que se ofrece á nuestros ojos varían de muchos modos segun la posición, la luz, y otras muchas circunstancias. A mi modo de ver, seria bueno

« abstracta que no corresponde á ninguna exis-
« tencia positiva de aquellas cosas que nosotros
« percibimos por los sentidos. Imaginémonos
« un baston que no tuviese remate por ningun-
« no de sus dos extremos; tal seria la idea de lo
« infinito. Luego todo cuerpo debe tener lími-
« tes. Nosotros llamaremos pues superficie de
« un cuerpo, la continuidad de los puntos
« que lo componen y terminan, es decir, de
« aquellos puntos que, en habiéndolos pasado,
« no hay nada que nos impida movernos. »

(Nota tomada del texto del autor en su obra grande.)

llamar exclusivamente *forma* de un cuerpo, aquella manera de ser extenso que nosotros le reconocemos por el tacto, moviéndonos al rededor de él. La palabra *figura* debería reservarse para expresar la impresion que hace esta forma sobre nuestra vista.

La *porosidad* es otra propiedad de los cuerpos que nosotros conocemos de esta manera. Cuando vemos unirse dos cuerpos, y que ocupan juntos menos espacio que cuando estaban separados, no podemos menos de inferir que uno de los dos, ó que los dos son porosos, es decir, que encierran ellos, entre sus partes sólidas ó reales, algunos espacios vacíos en los cuales se han alojado las partes sólidas ó reales del otro cuerpo. Una infinidad de experiencias nos demuestran que todos los cuerpos conocidos son porosos.

Así es que la porosidad puede considerarse como una propiedad general de los cuerpos, y como una consecuencia de su propiedad de ser extensos, pero no como una consecuencia necesaria. Nosotros podemos muy bien concebir la existencia de un cuerpo cuyas partes no dejen entre sí ningun intervalo. No habiéndose encontrado todavía ningun cuerpo que no tenga poros, sin duda que habrá alguna razon para que esto suceda así : pero nosotros no alcanzamos á adivinar esta razon.

De la extension de los cuerpos se deriva , como vimos mas arriba, la cualidad de ser impenetrables, y de esta impenetrabilidad resulta otra cualidad que llamamos *fuerza de inercia*, es decir la cualidad que tienen todos los cuerpos de resistir al movimiento de los otros , por cuanto dos cuerpos

no pueden ocupar un mismo lugar sin penetrarse, y no pudiéndose penetrar, se resisten el uno al otro.

Al hablar de la inercia, observemos aquí de paso, que esta cualidad de la materia, no prueba que la materia tenga mas tendencia al reposo, que al movimiento. Aun cuando la existencia de los seres animados no bastase para probar que ella es esencialmente activa; tantas especies de atracciones, y tantas propensiones al movimiento, como notamos hasta en los seres mismos no organizados, bastarian para hacernos concluir que no es precisa una impulsión extraña, para que puedan moverse los cuerpos.

Observemos en fin que ninguna de las propiedades, arriba expresadas, no podria encontrarse en seres privados de extension.

Al contrario la duracion podria encontrarse en seres *inextensos*, si nos fuera posible conocerlos, ó concebirles como tales. El sentimiento solo de nuestra existencia, y la sucesion de nuestras sensaciones bastan para darnos una idea de la duracion : pero si nosotros no conociésemos ninguna otra cosa, no tendríamos medios para poder medirla y determinarla. De consiguiente no tendríamos la idea del tiempo, el cual no es otra cosa que una duracion *medida*, es decir una duracion dividida en partes conocidas.

Para tener pues la idea del tiempo, se necesita conocer el *movimiento* y la *extension*; porque nosotros no podemos medir la duracion sino por medio del movimiento, ni podemos calcular el movimiento sino por el

espacio, es decir, por la extension que corre el cuerpo movido. Y de tal manera se enlazan entre sí estas nociones que, combinadas luego á su vez las ideas de la duracion y de la extension nos sirven de datos para medir el movimiento. En la leccion siguiente veremos como medimos la duracion, y de que manera nos formamos la idea del tiempo.

LECCION 10^a.

Continuacion de la anterior : de la medida de las propiedades de los cuerpos.

MEDIR una cantidad cualquiera no es otra cosa mas que compararla á otra cantidad, que conocemos ya anteriormente, la cual nos sirve de unidad, ó de término de comparacion. En una palabra, es ver cuantas veces aquella cantidad encierra á aquella unidad conocida. La primera condicion, que se necesita para esto, es que la unidad sea de la misma naturaleza que la cantidad que se le compara. No se pueden medir las varas por las pesetas, ni las pesetas por las varas, porque las pesetas no contienen

varas, ni las varas contienen pesetas.

La segunda condicion que se necesita, es que la unidad haya sido determinada de una manera precisa y constante; porque si el término de comparacion fuera incierto y variable, todo cálculo, que se hiciese sobre esta base, seria hipotético y vago.

De aquí se sigue, que ninguna cantidad puede ser medida sin que sea susceptible de divisiones justas y durables.

Estas dos cualidades se encuentran eminentemente en la extension. Sus partes son distintas y permanentes. Se tomará pues una porcion de ellas, que se llamará por ejemplo una vara, ó un pie; se refieren á ella todas las demas, y de esta suerte no hay dificultad para medirla.

No sucede asi con la duracion, por-

que sus partes son en sí mismas transitorias y confusas. Sin embargo se encontró un modo para hacernos una unidad de duracion. Esta unidad es la duracion de un dia solar. Todos los demas periodos son múltiplos ó submúltiplos de la duracion del dia solar.

Veamos pues ahora que cosa sea la que nos ha hecho sensibles los límites y las partes de esta unidad de duracion. No ha sido ninguna otra cosa mas que un movimiento, á saber, el de la tierra al rededor de su eje, y despues de este, cualquiera otro de los demas movimientos, mas largos, ó mas cortos, que hemos comparado con el movimiento de la tierra, y al cual lo habemos referido.

Sin embargo, el movimiento está compuesto, lo mismo que la duracion, de partes transitorias y confusas; pero

está representado fielmente por las partes de la extension, pues que, como hemos visto, la propiedad de ser extenso no es mas que la propiedad de poder ser andado de un cabo á otro por el movimiento.

La duracion se mide pues por sí misma, como cualquiera otra cantidad, pero se mide representada por el movimiento; y el movimiento se mide representado por la extension. De esta manera las partes transitórias y confusas de la duracion se fijan y se determinan por las partes distintas y permanentes de la extension, de donde resulta la medida justa y rigurosa que es menester.

Otro tanto sucede con el movimiento. Se le representa por la extension; pero del mismo modo que sucede en las demas cosas, no puede ser medido

sino por él mismo. La extension andada ó corrida manifiesta el movimiento que se ha hecho; y para medir la energía de este movimiento, que llamamos velocidad, nos valemos de la duracion, es decir lo comparamos á un movimiento, que contesta y justifica todas las duraciones, cual es el que hace un punto del ecuador en la revolucion diurna de la tierra. Tal es la unidad de movimiento que hemos escogido y que nos sirve para medir todos los demas movimientos.

El movimiento pues, lo mismo que la duracion, y lo mismo que todas las demas cantidades posibles, tiene que medirse por una cantidad de su especie, pero el movimiento y la duracion se valuan en partes de extension; lo cual hace que el movimiento sea susceptible de medidas suma-

mente ciertas, y sumamente precisas.

Los efectos de otras muchas propiedades de los cuerpos se calculan y ajustan del mismo modo por medidas de extension, por cuyo medio se consigue poderlas apreciar justamente. Pero hay otras propiedades y otros efectos que no son susceptibles de este género de medida, y de aquí es el que no puedan ser valuadas sino por aproximacion.

Por ejemplo en un ser cualquiera, podemos determinar con precision y certeza su edad, que es la cantidad de su duracion; su figura y su posicion que no son mas que circunstancias de su extension; su peso, el cual es una tendencia al movimiento; su densidad relativa que es la comparacion entre su peso sy u volúmen, y asi de todos los demas efectos análogos á

estos. Nosotros tenemos para todos ellos medidas justas, las cuales en último análisis se refieren á la extension. Pero no sucede así con otras muchas propiedades, como son el color, el sabor, la hermosura, la bondad y otras mil á este modo. ¿En donde hay medios para poder fijar con precision la cantidad de estas cosas? ¿Quien podrá decir justamente, entre los diferentes matices de dos colores, la cantidad que se necesita de estos matices para formar otro nuevo matiz? Las medidas faltan, y todo cuanto se puede conocer entonces queda vago é indeterminado.

Otro tanto sucede con mayor frecuencia en los objetos de que tratan las ciencias morales y políticas. Nosotros carecemos de medidas precisas para valuar directamente los grados

de energía de los sentimientos é inclinaciones de los hombres, de su bondad ó su depravacion; de la utilidad ó del peligro de sus acciones, del encadenamiento ó de la inconsecuencia de sus ideas. Por esta razon son mas difíciles las investigaciones en estas ciencias, y sus resultados menos justos y rigurosos. De aquí es que las ciencias son mas ó menos capaces de demostraciones ciertas y seguras, á proporcion que los objetos, acerca de los cuales se versan, son mas ó menos reducibles á cantidades reguladas por medidas perfectamente exactas, entre las cuales la extension es la que posee mas eminentemente esta condicion preciosísima.

La extension es con efecto una cantidad eminentemente mensurable. Y de aquí es que ella es la única entre

todas las demas que puede ser representada fielmente sobre una escala mas pequeña que la naturaleza. Tal es el objeto del arte del dibujo.

Cualquiera verá ahora que he tenido razon para insistir y detenerme mucho sobre la propiedad de la extension, porque hasta ahora no se habia tenido una grande cuenta con ella, ni nadie habia creido que se podrian deducir de ella los grados de certidumbre de que seria capaz cada ciencia. Hasta ahora se habia pensado casi generalmente que la mayor ó menor certidumbre de una ciencia consistia en la manera de proceder propia de ella. Pero no es asi : las ciencias, sean las que fueren, no deben sus diferentes grados de claridad y certeza á las operaciones intelectuales, que son siempre las mismas, sino á la diversa

naturaleza de los objetos que son distintos y se diferencian de mil maneras. El estudio profundo de nuestras facultades intelectuales es el único que ha podido bastar para hacernos descubrir esta verdad.

LECCION 11ª.

Reflexiones sobre la doctrina que antecede, y sobre la manera con que Condillac ha analizado el pensamiento.

HE aquí pues de que manera por medio de las cuatro facultades elementares, que hemos reconocido en la facultad de pensar, hemos llegado á distinguir claramente :

De que manera conocemos nuestra propia existencia;

Como se forman todas nuestras ideas compuestas;

De que manera nos apercibimos de la existencia de los demas seres;

Como descubrimos las propiedades de estos seres; como medimos sus efectos;

Y porque los unos son mas difíciles de calcular y apreciar que los otros.

Hasta aquí, si yo no me engaño, me parece que hemos analizado bien el pensamiento y que le hemos resuelto en sus propios elementos. Pero nos queda que demostrar otra cosa, y es que algunas facultades, que han reconocido otros analistas, ó no son facultades, ó, en caso de que deban reputarse como tales, estan compuestas de aquellas que nosotros hemos mirado como elementos primitivos. (29)

(29) Desde este lugar llamamos muy especialmente la atencion de nuestros lectores para examinar y discutir bien á fondo la doctrina de nuestro autor ; el cual despues de haber hecho un hermoso camino, vuelve, si yo no me engaño, extraviarse y á perderse entre mil contradicciones, por la mania del sistema que domina su espíritu. Nosotros iremos viendo.

La *atencion*, por ejemplo, es el estado del hombre que quiere sentir, juzgar ú obrar (30). Ella no es pues mas que un efecto de la voluntad; pero no es una facultad ni una percepcion particular (31).

(30) Para hablar un language verdadero, propio y exacto, he aquí como me parece á mí que deberíamos decir : la *atencion* es aquel esfuerzo activo del ser pensante, por el cual, deseando discernir bien sus ideas, ó adquirir otras nuevas, pone en juego y en ejercicio, y dirige al fin que se propone, la accion de sus facultades intelectivas, cuales son sentir, acordarse, y juzgar. Nuestros lectores podrán comparar estas dos definiciones, y adoptar aquella que les parezca mas razonable.

(31) La *atencion* no es ciertamente una percepcion particular. Las percepciones pertenecen todas á nuestras facultades intelectuales pasivas, y de estas no hay otras mas que las cuatro, de sentir, acordarse, juzgar, y desear.

Otro tanto sucede con la *comparacion*. Comparar dos ideas es sentir una y otra á un mismo tiempo, ó, lo que es lo mismo, sentir su relacion, lo cual no es mas que sentir ó juzgar (32).

Pero nuestro espíritu no es un ser meramente pasivo, sino que ademas está dotado de la facultad de excitar, de mover, de emplear y de dirigir sus potencias intelectuales; y si esta actividad operante no es una facultad, yo no sé que cosa sea facultad. Si el señor Destutt-Tracy reconoce, como es preciso que reconozca, alguna diferencia entre ser movido, ó moverse por sí mismo, es preciso que la reconozca tambien entre nuestro espíritu percibiendo, y nuestro espíritu trabajando para tener nuevas percepciones, ó para tener las mas claras y mas distintas.

(32) Recordemos y pongamos aquí á la vista las mismas palabras del S^r Destutt-Tracy, en la leccion iv, donde hablando del juicio ó de la facultad de percibir las relaciones de las ideas

La reflexion es el estado del hombre que se sirve de su sensibilidad y de su memoria para llegar á formar un juicio (33).

entre sí, se explica así terminantemente: « Es-
« tas relaciones son cierta especie de vistas de
« nuestro espíritu, verdaderos actos de nuestra
« facultad de pensar, por medio de los cuales
« aproximamos entre sí dos ideas, las junta-
« mos, y comparamos de un modo cualquie-
« ra. » Luego en el juicio, concluiré yo, hay
dos cosas, es á saber: la percepcion de la re-
lacion de dos ideas, lo cual pertenece á la fa-
cultad pasiva ó potencia intelectual que hemos
llamado juicio; y la funcion activa de nuestro
espíritu, que para tener esta percepcion, *apro-
xima, junta y compara* las dos ideas, los cua-
les, como dice el mismo Destutt-Tracy, son
verdaderos actos de nuestra facultad de pensar.

(33) La reflexion es aquella accion, ó aquel conato activo de nuestro espíritu, por el cual examina y pasa en revista las ideas que tiene

El *raciocinio* es la repetición de la acción de juzgar (34).

ya recibidas con el designio de reconocer su verdadero valor, mejorarlas, rectificarlas, y procurarse otras nuevas, si le hacen falta. La definición misma del autor nos sirve para refutar su sistema : porque ¿que otra cosa quiere decir el servirse el hombre de su sensibilidad y de su memoria para llegar á formar un juicio, sino desplegar una facultad activa? ¿Se dirá por ventura que no es una facultad, la que tiene el hombre de poner en acción sus pies ó sus manos para moverse? Los pies y las manos del espíritu para pensar son, si se me permite decirlo así, sus facultades pasivas, ó, lo que es lo mismo, sus medios intelectuales : el emplearlos, dirigirlos y ordenarlos de cierta manera pertenece á la facultad activa del espíritu que trabaja y se explica de diversos modos y para distintos fines.

(34) Hay comparación de una idea *sugeto*, y de otra idea *atributo*, cuya operación llamamos *juicio* : y hay comparación de dos juicios, de

La imaginacion, tomada en el sentido de invencion, es el empleo de todas nuestras facultades intelectuales para formar nuevas combinaciones (35).

La *imaginacion* en el sentido de memoria viva, que toma sus recuerdos por impresiones actuales y reales,

donde resulta otro tercer juicio, á cuya operacion llamamos *raciocinio*. Un simple juicio podrá ser muchas veces producido en nuestro espíritu sin ningun conato, sin ninguna accion de su parte. Pero un raciocinio supone siempre un conato, una busca, una operacion activa de nuestro ser pensante, dirigida á hallar nuevas percepciones de la relacion de dos ideas entre sí.

(35) He aquí pues otra facultad activa; y tan activa, que en el órden intelectual seria capaz de crear un nuevo mundo; las ideas recibidas son sus materiales, y las facultades pasivas los instrumentos de esta facultad eminentemente operante.

es la memoria unida á un juicio erróneo (36).

(36) Veáse aquí ahora de que manera nuestro autor mismo nos ofrece una prueba de la diferencia entre las facultades activas y las facultades pasivas de nuestro espíritu. Este otro modo de imaginacion de que nos habla aquí, es un fenómeno puramente pasivo de nuestro ser pensante, en el cual la fantasía obra con entera independendencia de la voluntad, resultando que el pensamiento no es en este caso sino la obra del solo juego de nuestras facultades intelectuales pasivas. ¿Quien no ve la diferencia que hay entre la imaginacion ordinada y brillante de Homero, y entre la imaginacion desatinada de un calenturiento ó de un loco? Y ¿de donde viene esta diferencia, sino de que en el primer caso ordena y dirige el espíritu sus operaciones, como quiere y como ha menester, mientras que en el segundo no es dueño de ellas? Y ¿no se llamará una facultad activa de nuestro espíritu la que en el primer caso produce esta gran diferencia?

La *reminiscencia*, que definen comunmente los metafísicos diciendo que consiste en tener recuerdos y en conocer que son recuerdos, no es por tanto otra cosa mas que la memoria unida á un juicio verdadero (37).

En fin todas las pasiones no son mas que puras afecciones, simples sensaciones internas, ó sensaciones unidas á un deseo, y algunas veces á un juicio, como sucede en aquel estado de nuestra alma, ó en aquel género de de-

(37) La *reminiscencia* es una facultad puramente pasiva de nuestro espíritu. Las mas de las veces se tiene ó se produce espontaneamente, sin ninguna operacion activa de nuestro entendimiento. Pero otras veces es menester emplear la reflexion para haber de tenerla, y no llegamos á conseguirlo sino despues de habernos movido á hacer, y de haber hecho muchas comparaciones entre nuestras ideas.

seo que llamamos esperanza, cuando se desea una cosa, y se juzga que podrá lograrse y se aguarda (38).

Sin multiplicar, pues, mas estas citas, concluyamos de nuevo que pen-

(38) Yo no me cansaré de inculcar los principios que dejo ya indicados en otra parte sobre esta materia, para distinguir las funciones pasivas de nuestra voluntad y las funciones activas. Una cosa es un deseo; otra cosa es una pasion, y otra cosa es una determinacion ó un *querer* de nuestra voluntad. Un deseo se produce naturalmente, y sin eleccion nuestra, como una simple sensacion. Una pasion es un deseo habitual, las mas veces fuerte y vehementemente, excitado par sensaciones vivas, y arraigado por la habitud. Se puede tener un deseo y una pasion contra nuestro propio querer: luego el querer se diferencia del deseo y de la pasion. Y con efecto no hay voluntad mientras nuestro espíritu no resuelve ni forma determinacion sobre los objetos de nuestros deseos y de nuestras pasiones.

sar no es mas que *sentir, y tener sensaciones propiamente dichas, recuerdos, juicios y deseos* (39). Y si esto es una

(39) Nuestros lectores concluirán aquello que les pareciere mas verdadero despues de comparada la doctrina de nuestro autor y la nuestra. He aquí lo que yo concluyo en consecuencia de los principios que hasta aquí he desenvuelto.

El ser inteligente es un ser éminentemente activo y operante, el cual está dotado de ciertas facultades pasivas, á las cuales convendria mejor dar el nombre de *capacidades ó potencias intelectuales*. Estas capacidades ó potencias del ser inteligente son las de tener diferentes géneros de percepciones, y se contienen exactamente en la clasificacion hecha por el S^r Destutt-Tracy, á saber, de tener sensaciones propiamente dichas, recuerdos, juicios y deseos.

Las percepciones, que tiene nuestro espíritu en consecuencia y como producto de estas cuatro capacidades intelectuales, son los elementos sobre los cuales se versa el pensamiento, ó so-

verdad, como yo me atrevo á creerlo,

bre los cuales trabaja el ser pensante. Para pensar no es bastante tener sensaciones, recuerdos, juicios y deseos. Se necesita además tener el dominio y la direccion de estos cuatro modos de perceber y de las percepciones que resultan; discernirlas, justificarlas, aumentarlas, perfeccionarlas, clasificarlas, y formar un todo ordenado de ellas, lo cual se verifica por medio de la atencion, la reflexion, la imaginacion y el racionio. Estas operaciones son otras tantas facultades activas de nuestro espíritu, y si se quiere decir mejor, son la accion intelectual del espíritu exercitada de distintos modos.

La volicion es otra facultad activa del ser inteligente, diferente del deseo, el cual no es mas que una facultad pasiva, ni tiene jamas efecto sin el *fiat* de la voluntad. Asi es que hay deseos sin voliciones, y voliciones sin deseos y contra los deseos. De consiguiente no son ni pueden ser una misma cosa.

La facultad de sentir, y las de tener re-

¿cual ha podido ser la causa de que haya sido tan poco conocida hasta de presente? He aquí lo que yo trato ahora de explicar.

cuertos, juicios y deseos, no bastan para constituir la razon del ser inteligente. Un loco carece de ella, y sin embargo tiene sensaciones, recuerdos, juicios y deseos. ¿Que es pues lo que le falta al loco? El dominio, y la direccion de estas facultades intelectuales y de las percepciones que de ellas resultan. Luego esta direccion, este dominio, esta accion intelectual es alguna cosa esencial al pensamiento. Luego pensar no es solamente sentir.

Nuestros lectores podrán ahora comparar y juzgar. Si es acaso que yo me engaño, estoy á lo menos seguro de que he meditado por largos años y con la mayor buena fe é imparcialidad mi doctrina. Despues de todo me afirmo en ella con tanta mayor satisfaccion, cuanto que en ella se pueden salvar, tal vez con mayor felicidad, las excelentes observaciones de nuestro autor sobre nuestras ideas y sobre

LECCION 12^a

*De la facultad de movernos, y de
sus relaciones con nuestra
facultad de sentir.*

Aquí comienza ya otro nuevo orden de cosas. Hasta ahora no hemos hecho mas que examinar el pensamiento en sí mismo, separado de las otras propiedades de nuestros individuos, y por decirlo así, abstractamente. Al presente es necesario considerarlo en sus relaciones con nuestra organizacion, y sobre todo como unido á nuestra facultad de movernos.

sus respectivas procedencias, sus maneras de formarse, sus enlaces, signos, etc., etc. cuyas felices explicaciones forman el grande mérito de su obra.

Nosotros sentimos y nos movemos. Sentimos por medio de nuestros nervios, y nos movemos por medio de nuestros músculos. ¿De que manera se producen estos dos efectos? Nosotros lo ignoramos.

Lo que es cierto y no admite género de duda, es que nosotros podemos movernos en virtud de fuerzas existentes en nosotros mismos, y sin que seamos obligados á movernos, por la acción inmediata de ningun cuerpo extraño. No pretendo yo por esto decir que exista en nosotros un principio esencialmente activo, y creador de una fuerza nueva é independiente de todas las demas que existen en el mundo. Al contrario, la experiencia nos muestra que cuando un hombre se descuelga por la cuerda de una garucha, no obra sobre ella, sino en vir-

tud de su pezo; que cuando hace un empuje contra una pared, ó contra un peso cualquiera, se rehace contra el terreno sobre el cual se apoya con la misma fuerza que se aplica contra la pared ó contra el peso que le resiste; que otro tanto sucede cuando levanta un peso: en una palabra, que no obra nunca sino como peso, como resorte, ó como palanca, del mismo modo que sucede en los seres inanimados, y que en la realidad no crea ninguna fuerza nueva. Pero no es tampoco menos cierto, que un cuerpo vivo no tiene necesidad de la aplicacion inmediata de un cuerpo extraño para que haya de moverse; y que, si bien es verdad que necesita algun punto de apoyo para obrar un efecto cualquiera, y que bajo este respecto su accion no es mas que una reaccion propiamente dicha, es

tambien una cosa evidente que el principio de esta accion está dentro de él.

Y aun hay mas ; porque la experien-
cia prueba tambien que nuestros mús-
culos en estado de vida levantan pesos
muy superiores á los que serian bastan-
tes para romperlos en estado de muerte.
Luego la vida es aquí alguna cosa , al-
guna fuerza particular. Y ella es sin duda
tambien la que hace que , mientras un
cuerpo está animado de ella , tenga tam-
bien la virtud de asimilar á su substan-
cia los otros cuerpos que estan con él
en contacto de la manera que se nece-
sita estarlo para que se produzca este
efecto : mas que por el contrario luego
que muere , todos los elementos que
le componen se disuelven y se sepa-
ran , y van á componer nuevos mistos
con otros seres que se les arriman , ó

á que se arriman, segun otras leyes de afinidad. Nosotros no sabemos que cosa sea la fuerza vital, ni nos la podemos representar sino como un resultado de atracciones y de combinaciones químicas, que durante algun tiempo producen cierta serie de fenómenos particulares; y que despues, por otras circunstanancias desconocidas, vuelven á entrar bajo el imperio de otras leyes mas generales, que son las de la materia inorganizada. Mientras aquella subsiste vivimos; es decir, nos movemos y sentimos.

Esta fuerza vital produce pues la facultad de hacer movimientos. Pero ¿como se ejecutan estos movimientos? Nosotros lo ignoramos. Sabemos muy bien que los músculos son aquellos órganos que sirven de instrumento inmediato para el movimiento, y que

cuando se mueve cualquiera parte de nuestro cuerpo, se ejecuta este movimiento por medio de la contraccion de un músculo que tira de aquella parte. Sabemos tambien que el acortarse un músculo consiste en la influencia que proviene de la afluencia de licores en los numerosos vasos que contienen, los cuales se ensanchan en este caso, y otro tanto como se ensancha la fibra, otro tanto tiene que acortarse. Pero ¿quien imprime aquella direccion á los fluidos? Nosotros lo ignoramos; asi como ignoramos tambien su naturaleza, su origen y el principio de la circulacion, mediante el cual mantienen nuestra vida.

Entretanto lo que es cierto, y no nos deja ninguna duda, es que mientras estamos vivos nuestra organizacion, por medio de combinaciones, la

mayor parte ignoradas de nosotros, produce muchos movimientos, que no tienen por causa inmediata ningun otro cuerpo distinto del nuestro, y que muchos de estos movimientos ocasionan en nosotros el fenómeno que llamamos sentir; al paso que se verifican en nosotros otros movimientos sin que tengamos absolutamente ninguna conciencia de ellos.

Pasando luego de estas observaciones sobre la facultad de movernos al exámen de sus relaciones con la de sentir, nosotros vemos con bastante claridad, que los nervios son los instrumentos inmediatos por los cuales sentimos, y que siempre que experimentamos alguna sensacion, cualquiera que sea, no la tenemos sino en virtud de algun movimiento obrado en lo interior de estos nervios, ó de alguno

de aquellos principales puntos donde se reúnen nuestros miembros. Pero ¿quien nos dirá cual sea la naturaleza de este movimiento, y en que consista precisamente? Conocimiento es este que ningun hombre ha podido alcanzar todavía; todo lo que hemos podido hacer hasta el presente, ha sido notar algunas circunstancias y algunos efectos de estos movimientos.

Con mayor razon se nos hace imposible el determinar la diferencia del movimiento que se produce en los nervios oculares, cuando vemos, por ejemplo, color azul ó color rojo; ni en los auditivos, cuando oímos un sonido grave ó un sonido agudo; ni en los del olfato, cuando sentimos cada uno de los olores distintos; ni en los de nuestra piel, cuando sentimos una picadura, ó una quemadura, etc., etc.

Pero debemos creer, que cuando un nervio nos produce sensaciones distintas, es necesario que haya tenido una conmoción diferente, y que haya ocurrido en él y en el órgano cerebral algún movimiento distinto y particular. Ygualmente debemos creer que cada uno de estos nervios tiene una manera de ser movido y de obrar sobre el cerebro que le es propia y peculiar, pues que todas, ó casi todas las impresiones producidas por cada uno de ellos, se diferencian entre sí mas ó menos; por manera que ninguna, ó casi ninguna de las percepciones que nos llegan por un nervio, no es exactamente la misma que nos llega por otro nervio. Prueba de esto es que ninguna de nuestras diferentes sensaciones, aun de aquellas que tienen entre sí mas analogía, no son nunca del todo semejantes.

Sin embargo de estas diferencias entre los diferentes movimientos nerviosos, que producen cada una de nuestras sensaciones propiamente dichas, se parecen en una cosa, á saber, en que todas parten de la extremidad mas retirada del centro comun, y en que todas se dirigen hácia este centro. Pero los movimientos nerviosos que nos ocasionan las percepciones que llamamos recuerdos, juicios y deseos, son puramente internos, y quizá que se dirigen desde el centro á la circunferencia (40).

(40) Que nuestras sensaciones propiamente dichas, y que nuestros recuerdos y nuestros deseos (á lo menos muchos de ellos ó los mas) se produzcan en nosotros por movimientos interiores de nuestros órganos, es una cosa que no admite duda. Pero que nuestros juicios, ó, lo que es lo mismo, las percepciones de la rela-

Razonando sobre estos movimientos lo mismo que sobre los primeros, me inclino á creer, que cualquiera que sea el movimiento en virtud del cual tengo yo la percepcion de un recuer-

cion de las ideas comparadas entre sí, se ejecuten tambien en fuerza de movimientos orgánicos, no hay ninguna prueba en lo humano para poderlo acreditar. La teoria de la percepcion, que llamamos juicio, es imposible de concebirse ni de explicarse por un juego mecánico. En esta operacion simplicísima y enteramente mental, es donde comienza y se pierde á nuestros ojos el grande arcano del pensamiento, y en donde resaltan á nuestra contemplacion humana los grandes indicios de una sustancia desconocida y de otra esfera superior á nuestros sentidos, á la cual todos los pueblos, de acuerdo con todos los sabios, han llamado espíritu. La sabiduría consiste en saberse detener, luego que se llega al linde donde acaba la razon, y comienzan los misterios.

do, no podrá ser idéntico con aquel por medio del cual percibo un juicio, ni este el mismo que el que me ocasiona el sentimiento de un deseo. Además cada percepcion de cada una de estas clases debe ser producida por un movimiento particular. La gran diferencia, que se nota entre ellas, hace inferir con toda seguridad que no pueden ser efecto de unas mismas causas. Así es que yo concibo, que todas estas afecciones son los resultados de otros tantos movimientos diferentes que se obran en mí, los cuales son tan fugitivos y tan finos, que no puedo apercibirme de ellos sino por mis percepciones, que son sus resultados. Sobre con esto para que notemos en este lugar, que número tan prodigioso no podrá menos de ser el de los diversos movimientos que se operan en noso-

tros , aun sin contar otros muchos , acaso tambien muy numerosos , que podrán verificarse en nosotros sin que produzcan ninguna percepcion.

Todas las observaciones que hasta aquí llevo hechas , sobre la facultad de movernos , son las precisas , y bastan para el objeto que me he propuesto. Despues de ellas es menester que pasemos á ver cual sea la influencia de nuestra voluntad sobre todos estos movimientos , y sobre los efectos que ellos producen.

LECCION 13ª.

*De la influencia de nuestra facultad
de querer sobre la de movernos, y
sobre cada una de aquellas
que componen la facultad
de pensar.*

MUCHOS de nuestros movimientos se hacen en nosotros, sin que tengamos conocimiento de ellos. Tales son los que mantienen y renuevan sin cesar nuestra vida. Siéndonos pues enteramente desconocidos, claro está que nuestra voluntad no tiene en ellos ningún imperio.

Otros hay de los cuales somos algunas veces sabedores, y otras veces se verifican sin advertencia nuestra. En

este último caso entran en la primera clase : pero aun en los casos, en que nos son conocidos, unas veces nos son enteramente voluntarios ; otras veces prescindimos de ellos, y no pocas se verifican á pesar nuestro.

Otros movimientos hay todavía que los hacemos siempre voluntariamente, y otros que los hacemos siempre mal de nuestro grado. Otros hay en fin que nuestra organizacion nos hace enteramente imposibles, aun en el caso en que deseáramos hacerlos.

Todas estas diferencias nos son bien conocidas ; por cuya razon pasaremos á hablar inmediatamente de la influencia de nuestra voluntad sobre nuestras facultades intelectuales (41).

(41) Nuestro autor no se explica con bastante claridad, ni con bastante felicidad en esta materia. Entre nuestros innumerables movimien-

Nosotros no podemos hacer que los movimientos producidos por sensaciones internas ó externas sean ó no sean

tos deben distinguirse los que pertenecen al solo mecanismo de la vida, los cuales estan fuera del dominio de nuestro ser pensante. Un gran número de ellos se ejecuta sin que tan siquiera sean percibidos, y aquellos, que se perciben, son independientes de la voluntad. Sin embargo hay algunos, muy pocos, que podemos contener, ó á lo menos reprimir en parte, y por un breve tiempo. Pero la voluntad tiene luego que ceder á la necesidad de la naturaleza física.

Otros movimientos hay que se producen como efectos necesarios, ó como efectos accidentales de la accion de los diferentes resortes y elementos de la vida, sobre los cuales tiene la voluntad una accion conocida, aunque casi siempre indirecta, ya sea para reprimirlos y calmarlos, ó ya sea para producirlos y avivarlos. Los medios de que en tales casos se vale la voluntad son las excitaciones producidas,

producidos independientemente de sus causas; ni tampoco podemos hacer, que las impresiones, que nos producen

ó por medio de sensaciones actuales análogas á áquellos movimientos, ó por la fuerza avivada de los recuerdos, es decir, por la acción voluntaria de la facultad que llamamos imaginación activa. Pero en otras ocasiones, sin que nuestra voluntad emplee estos medios, obran ellos, y desenvuelven una fuerza prodigiosa hasta el extremo de hacer casi nula, y algunas veces enteramente nula, la acción de nuestra voluntad. El espíritu suele perder entonces toda su fuerza activa. Tal es la situación de los maniacos, de los locos, y de los delirantes. Nuestra voluntad llega á ser en estos casos enteramente pasiva. Por esta razón un ser inteligente, que tendría mas que deseos, no sería sino un ser inteligente enfermo, cuyas facultades estarían dañadas, ó serían defectuosas. Estas reflexiones no hubieran debido escaparse á nuestro autor; pero estas reflexiones derriban su sistema.

estas causas, sea otra cosa distinta de lo que es. Lo único que nosotros podemos hacer es obrar de tal manera, que nos pongamos en el caso de sentir, ó de evitar el haber de sentir aquellas impresiones, como tambien el obrar nosotros de modo que aquellas impresiones se fortifiquen ó se atenuen.

Otro tanto sucede con los movimientos por los cuales son causados nuestros recuerdos. Pero hay en esto alguna diferencia; porque muchas veces el acordarnos de una cosa, es un efecto al cual ha precedido el deseo de acordarnos, y el esfuerzo que, en consecuencia de este deseo, hemos hecho para acordarnos efectivamente.

Los movimientos de que resultan nuestros juicios son tambien neces-

rios, es decir, independientes de nuestra voluntad. Pero hasta cierto punto está en nuestra eleccion el poner los medios conducentes así para experimentar, como para evitar aquellas impresiones de donde nacen, ó pueden llegar á nacer tales ó tales juicios. (42).

Hay otros movimientos cuyo efecto es la mudanza que hacemos de nuestros miembros de un lugar á otro. Muchos de estos dependen tambien

(42) He aquí la frase literal del autor : « mais, « ces impressions il est jusqu'à un certain point « des moyens de les éprouver, ou de les éviter à volonté. » De esta manera vemos que, tal vez sin apercibirse de ello, la fuerza del sentimiento y de la razon hacen que nuestro autor hable de la voluntad como de una cosa distinta del deseo. Y con efecto el deseo es una afeccion puramente pasiva, y en una afeccion puramente pasiva no puede haber voluntad, es decir, no puede haber eleccion.

de nuestros deseos; pero los medios por los cuales se obran nos son desconocidos.

En fin, los movimientos internos de los cuales resultan nuestros deseos no estan sometidos á nuestros mismos deseos (43). Y ello es así, que nuestros deseos no pueden hacer que se produzcan estos movimientos, ni que dejen de producirse, ni mudar sus efectos. Pero como estos movimientos son el resultado de las impresiones anteriores, sobre las cuales nuestra volun-

(43) Nuestro autor vuelve aquí, digamoslo con perdon suyo, á su pecado ideológico; porque, si yo no me engaño, debiera decir así: *los movimientos internos, de los cuales resultan nuestros deseos, no estan sometidos á nuestra voluntad*. Tales son las oscilaciones, en el pensar y en el decir, que produce un sistema falso. Todo sistema falso es precisamente contradictorio.

tad (44) tiene aquella especie de accion que hemos indicado mas arriba, se

(44) Nuestro autor se vuelve á ver obligado á usar de la palabra voluntad, y seguramente la toma aquí otra vez en diverso sentido que el de *deseo*. Asi es que, á pezar de la exactitud habitual del language del S^r Destutt-Tracy, este párrafo tiene alguua cosa de galimatias, y gerigonza. El espíritu de sisterna, triunfa á cada paso de los mejores talentos. Tal vez en este lugar hemos salido un poco mas allá del espíritu de consideracion y miramiento, con que en el progreso de esta obra hemos discutido la doctrina de nuestro autor. Pero se trata aquí de una cuestion metafísica que tiene ó podria tener grandes consecuencias morales. Si nuestra voluntad no fuese mas que una pura máquina; ¡ que desconsuelo seria para un hombre de bien el pensar que por mas esfuerzos que hiciese en la prosecucion del bien y de la virtud, una multitud de circunstancias inseparables le podrian hacer malvado á pesar suyo! Yo no quiero hablar de las demas consecuen-

sigue de aquí que los deseos prece-
dentes influyen sobre los deseos sub-

cias, que podrian resultar de esta opinion de-
solante. Aun en el caso de que semejante doc-
trina fuese una verdad evidente, seria neces-
ario guardar un profundo silencio sobre ella en
una obra elemental, hecha para los jóvenes.
Pero no es asi. Ni el S^r Destutt-Tracy, ni nin-
gun filósofo, que merezca este nombre, se
atreverá jamas á decir *ex cathedra* que está cier-
to de no haberse engañado en sus conjeturas.
Digo conjeturas, porque en materias tales co-
mo la presente, la opinion de que se trata no
podrá nunca pasar de la esfera de una conje-
tura que, ademas de ser de las mas endebles
que se pueden hacer en metafísica, tiene en
contra suya el oráculo casi siempre infalible
de nuestro sentido íntimo, y de consiguien-
te el sentimiento general de todo el género
humano. Sin embargo los jóvenes no se hallan
en estado de pesar suficientemente el pro y el
contra de esta cuestion, y seria muy doloroso
el exponerlos á un error de grandes conse-
cuencias.

siguientes. He aquí por qué motivo tenemos razon para dar á la voluntad de nuestros semejantes toda la importancia que le damos, y para emplear los medios que nos parecen justos y á propósito para influir sobre ella, excitando su amor ó su aversion á las cosas que nos proponemos hacerles amar ó aborrecer, y buscando el modo de hacer impresiones, que produzcan aquellos deseos que hemos solicitado inspirarles.

LECCION 14ª.

*De los efectos que produce en nosotros
la frecuente repetición de unos
mismos actos.*

Es una propiedad comun á todos estos movimientos de que hemos hablado, el que ademas del efecto momentáneo que producen, dejan tambien en nuestros órganos una cierta disposicion, una cierta manera de estar permanente, y para decirlo de una vez, una cierta actitud y facilidad, la cual es aquello que acostumbramos llamar hábito, ó habitud.

Esta habitud es de tal naturaleza, que mientras mas se repiten los movimientos, otro tanto mas fácilmente se hacen, y con mayor rapidez. De aquí resulta, por una consecuencia

natural, que mientras mas fáciles y mas rápidos son estos movimientos, otro tanto se vuelven menos perceptibles, es decir, que otro tanto se disminuye la percepcion que nos causan, ó nos deberian causar, hasta llegar al extremo de no sentirse, ó de no advertirse aunque el movimiento se verifique (45).

(45) Cuando el autor dice en este lugar *movimientos*, debe entenderse como si dijera *juicios*. Destutt-Tracy habla el language de su sistema con la misma seguridad que si fuese una doctrina evidente, ó una opinion generalmente recibida. Pero nosotros hemos hecho advertir ya en otro lugar (nota 40) que es imposible demostrar que las percepciones que llamamos juicios sean movimientos mecánicos, cuales son las sensaciones propiamente dichas, los recuerdos, y una gran parte de los deseos.

Despues de hecha esta advertencia, bastará

La observacion de este solo fenómeno basta para explicar todos los efectos que se verifican en nosotros por la frecuente repeticion de unos mismos actos, aun cuando estos efectos sean muy variados, y parezcan algunas veces contrarios.

Por ejemplo, el movimiento que se verifica cuando por la primera vez tenemos una sensacion, resulta mucho

para entender lo que el autor quiere decir el observar, por ejemplo, lo que sucede en una persona que toca un instrumento. La multitud de posturas, que con tanta rapidez hacen sus dedos, son otros tantos movimientos que corresponden á otros tantos juicios. Los que comienzan á aprender la música no mueven un dedo sin formar un juicio, del cual tienen advertencia, acerca del lugar donde le deben poner. Pero el que ha adquirido ya el hábito de tocar, sin embargo de que forma los mismos juicios, no tiene advertencia de ellos. Si acerca

más rápido y mas fácil cuando aquella sensacion se ha repetido muchas veces. Parece pues natural que una sensacion tenida ya muchas veces sea menos viva para nosotros , y con efecto asi es como vemos que sucede. Mientras mayor es la frecuencia con que se renueva, menos excita nuestra atencion ; y tanta puede ser la frecuencia y la prolongacion de este movimiento, que termine

de esto hay alguno á quien le parezca dudoso que suceda asi, basta solo que observe que el maestro de música mas ejercitado, que mientras está tocando se distrahe con la conversacion , ó con cualquiera otro motivo que sea, yerra, ó cambia muchas veces las ideas de la pieza que estaba tocando. Esta falta no ha sido ciertamente de sus dedos : luego lo habrá sido de los juicios que dirigian la accion de su espíritu por la cual eran dirigidos sus dedos. Sin embargo todos estos juicios pasaban sin su advertencia.

por no advertirse, como sucede, por ejemplo, á una persona que acostumbrada á respirar un aire desagradable y mal sano, no se apercibe siquiera del mal olor.

Por el contrario notamos que la sensacion de un dolor crece algunas veces, y se nos hace mas insoportable á proporcion que se renueva ó se prolonga. El motivo de que suceda así, no es porque sea falsa la observacion anterior que acabamos de hacer; sino porque muchas veces, aquella misma causa que produce el dolor, desordena, gasta, ó destruye el órgano que ella afecta, ó se apodera de otros órganos sensitivos contiguos. Así es que, en los dolores que no afectan partes sensibles muy complicadas, la frecuente sensacion del dolor hace que se sienta con menos violencia, y que algunas veces

no nos apercibamos siquiera de él, por mas que subsista la causa de el que está obrando.

Tambien es digno de observarse, que aunque las sensaciones muy repetidas, generalmente hablando, pierdan mucho en intensidad y viveza, la facilidad de sentirlas que adquiere el órgano afectado, aumenta la finura, es decir, la facilidad de aquel órgano, para tener sensaciones de aquella especie, á no ser que, por razon del mucho uso que se ha hecho de él, haya llegado á dañarse.

Yo creo pues que es una ley general de todas nuestras percepciones, *que mientras mas se repiten, otro tanto se hacen mas fáciles y rápidas; y que á proporcion que son mas rápidas y fáciles, llegan á ser menos perceptibles, ó, lo que es lo mismo, llega á disminuirse*

gradualmente la percepcion hasta el extremo de no sentirse, aunque la accion que la produce se verifique, y se obre en nosotros.

Siendo esto asi es muy fácil explicar por que razon un hombre dominado por un deseo, que se ha hecho habitual, obra algunas veces para satisfacerle contra las luces mas evidentes de su razon. La causa de esto es, me parece á mí, porque mientras forma con reflexion algunos juicios sensatos, que los percibe claramente porque los forma con trabajo y como á pesar suyo, tiene al mismo tiempo otros muchos juicios favorables á su deseo, de los cuales casi no se apercibe porque le son sumamente habituales, y producen por esta misma razon otros muchos juicios que le mueven y le arrebatan en sentido contrario.

Hay pues en él simultaneidad y conflicto de juicios, unos apercibidos, y otros no advertidos, sucediendo por lo comun que los mas habituales son los que triunfan, porque despiertan ó excitan mayor número de impresiones adyacentes, de las cuales casi no se apercibe, y le arrastran en sentido contrario. Esto es lo que se llama comunmente, *estar obcecado, obrar á ciegas*, y este modo de decir está bien fundado, porque el que obra así, ó no tiene, ó casi no tiene advertencia de sus juicios. Esta observacion es de una suma importancia en moral, porque de ella debe deducirse *lo mucho que conviene, en un buen sistema de educacion, el procurar hacer habituales los juicios justos.*

A la verdad, para haber de adoptar esta explicacion, es necesario que con-

vengamos en reconocer, que en un solo instante se suceden en nosotros un número prodigioso de percepciones, y que se verifican casi simultáneamente una cantidad increíble de operaciones intelectuales de las cuales no tenemos advertencia. Pero una multitud de hechos nos prueban que esto es verdad. Nadie, por ejemplo, podrá negarme, que en un hombre que lee rápidamente un libro que entiende bien, y aun mucho mas en un sabio que escribe sus ideas, á todo el correr de la pluma, se verifican en menos de un abrir y cerrar de ojos una multitud innumerable de percepciones y de combinaciones mentales no advertidas por él. El vulgo mismo acostumbra á decir que el pensamiento vuela mas que un águila. Y yo no tendría inconveniente en decir que sobrepuja

en viveza al fluido mismo luminoso, cuya velocidad, si la razon no la hubiera demostrado, pareceria imposible bajo el dictado de nuestros sentidos.

Esta manera de ver nos abre tambien un camino para poder explicar de que manera se producen por punto general las determinaciones del instinto, y con mas especialidad las de aquellos animales, que desde los primeros instantes de su existencia hacen cosas que parecen suponer un gran número de combinaciones y de conocimientos adquiridos. Para explicar este fenómeno basta el concebir que en los individuos de aquellas especies se hacen muy á los principios una multitud de combinaciones, y que esto se verifica con aquella misma rapidez prodigiosa, que en nosotros no se adquiere sino por el ejercicio.

Y sea de esto lo que fuere, mientras mas pienso, y discurso en esta materia, mas me aseguro y mas me afirmo en que nuestras percepciones y nuestras operaciones intelectuales adquieren mayor rapidez, mayor facilidad con su frecuente repetición, y que por esta razón se hacen menos sensibles: todo lo mal sucede de una manera y hasta un extremo que raya con los prodigios.

LECCION 15ª.

Del progreso gradual de nuestras facultades intelectuales.

ESTA capacidad de nuestros órganos, de que acabamos de hablar, la cual nos hace aptos para recibir una disposición permanente de resultados de una impresión pasajera, es la fuente de todos nuestros progresos y de todos nuestros errores.

Y en primer lugar, es la causa de todos nuestros progresos, porque sin ella no tendríamos absolutamente ningunos recuerdos. Cualquiera concebirá en efecto muy claramente, que si después que han pasado nuestras percepciones nos dejasen absolutamente como estábamos antes de tenerlas, nos

seria imposible acordarnos de ellas. No teniendo pues ningunos recuerdos, nos seria imposible cualquiera otro progreso ulterior.

Ni es tampoco menos fácil el conocer que estos progresos serian muy poca cosa sin aquella mayor facilidad progresiva, que se adquiere luego en nuestras funciones. Bástenos para convencernos de esto el reflexionar cuan penosa y cuan lenta es para nosotros cualquiera operacion nueva, y sin necesidad de muchas razones se verá bien claro, que el hombre salvaje y el hombre culto, se diferencian entre sí, no tanto por el número de sus conocimientos, como por su diferente aptitud para hacer combinaciones.

Pero esta misma disposicion y facilidad, que adquieren nuestros órganos

y nuestras facultades mentales, es tambien una causa de muchos errores : lo primero, porque se ejecutan muchas operaciones intelectuales, sin que nosotros nos apercibamos de ellas, y ya dejamos notado lo que sucede entonces ; lo segundo, porque aumentándose su número sin medida es difícil que dejen de perturbarse las unas á las otras, y que no resulten de aquí muchos enlaces de ideas viciosas. Asi es que la demencia absoluta es mucho mas frecuente que en ningunos otros en los entendimientos muy activos y muy ejercitados.

De todo esto resulta tambien otra verdad, y es que, aun cuando el hombre naciese con sus órganos enteramente desenvueltos, no por eso dejaría de estar reducido en un principio á un grado muy limitado de inteligen-

cia y capacidad. El desarrollo de nuestras facultades intelectuales es interamente la obra del ejercicio, del trabajo y el arte. En el estado en que nos hallamos nosotros, le parecemos hoy tan poco al hombre de naturaleza, y á nuestra manera de ser original, como una robusta y frondosa encina á una bellota, ó como un águila al huevo en donde se formaron los primeros rudimentos de su existencia.

Pero ¿hasta qué punto podria llegar á perfeccionarse por sí mismo un hombre aislado de toda sociedad y reducido á sus propias fuerzas? He aquí una cuestion que es imposible resolver con precision. Mas si reflexionamos un poco sobre la prodigiosa diferencia que hay entre inventar ó aprender, me parece que no nos engañariamos en creer, que el hombre,

enteramente aislado, seria todavía mucho mas ignorante ó estólido que el salvaje mas boral; porque éste habria aprendido á lo menos alguna cosa de sus padres, ó de los otros salvajes entre los cuales habria vivido anteriormente (46). Porque al fin los salvajes,

(46) « Es una cosa digna de notarse que del
« adjetivo *idio* que significa *propio* ó *particular*,
« como se ve en las palabras *idiopático*, *idio-*
« *eléctrico* etc, hemos hecho tambien la palabra
« *idiota*, para designar con ella á un hombre
« de una inteligencia muy limitada. Tal seria
« pues el estado de un hombre que no tendria
« mas ideas, que las que le serian propias, es
« decir, las que él solo se habria adquirido.
« Tal seria por ejemplo el estado de un sordo-
« mudo de nacimiento á quien jamas se habria
« hecho comprehender ninguna cosa por medio
« de los gestos. Y aun este sordo-mudo sabria
« mas que el hombre aislado, por que siquie-
« ra habria visto las acciones de los otros hom-

aun los mas embrutecidos, deben alguna cosa á sus semejantes, pues que han recibido de ellos algunas ideas, algunos conocimientos, algunas tradiciones, y sobre todo un language. El solo auxilio de un idioma cualquiera, por imperfecto que fuese, que tendria el uno, y de que careceria el otro, produciria entre ellos una gran diferencia, pues que el language no es menos util y aun necesario para combinar nuestras ideas, desenvolverlas, arreglarlas, y entendernos nosotros mismos, que para hacernos entender de los otros y expresarlas á los demas.

« bres con quienes habria vivido, las cuales
« por lo menos le habrian excitado fuertemen-
« te á pensar ».

Nota del mismo S^r Destutt-Tracy.

Esta última reflexion nos conduce ahora naturalmente al exámen del uso de los signos. Nosotros encontraremos en ellos nuevas causas de progresos y de errores.

Concluyamos entretanto que el primer estado de la naturaleza humana , suponiéndola abandonada á sus solas fuerzas, y aun cuando desde un principio haya estado organizada como lo está en el dia (47), no habria

(47) Nuestro autor se explica asi haciendo alusion á la opinion de algunos filósofos que han creido que el hombre es una combinacion de elementos , que ha pasado sucesivamente por una multitud de trasformaciones lentas, antes que haya podido llegar á la organizacion que tiene actualmente; lo cual, dice el mismo Destutt-Tracy, es una cosa imposible de averiguar. La razon humana no puede por sí sola adivinar cosa alguna entre las tinieblas de nuestro origen, y tal es la dificultad que experimenta para

podido menos de ser sino el del torpor y la estupidez, y que sus primeros progresos, en semejante hipótesis, no pueden haber sido sino muy brutos.

explicar de que manera han podido llegar los hombres aun á los primeros grados de la civilizacion, que el mismo Juan Santiago Rousseau, pretendiendo adivinar y explicar de que manera se habrian podido los hombres alzar hasta la altura de inventar un language. Concluye, *que esta combinacion admirable no ha podido ser de invencion humana, y que la creacion de las lenguas exigia necesariamente la intervencion de la Divinidad, ó de un ser muy superior al hombre.* Y cual induccion se pudiera hacer con la misma ó mayor razon acerca de un gran número de ideas y verdades sublimes que forman la tradicion casi general de todos los pueblos en materia de religion y de moral. La razon humana, ella misma, no puede explicarse en muchas ocasiones sin acudir á la revelacion.

LECCION 16^a.

De los signos de nuestras ideas y de su efecto principal.

LA mas preciosa entre todas las invenciones humanas es la de expresar las ideas de una manera incomparablemente mas perfecta que ninguna otra especie de animales. Las palabras, como todos sabemos, son los signos de nuestras ideas, y la totalidad ó la suma de las palabras, de que se sirve cada pueblo, es lo que se llama una lengua. No se ha conocido todavía sociedad alguna de hombres, por mas atrasada que haya estado en la civilizacion, que no haya tenido ó no tenga algun language, es decir, algun sistema de palabras, mas ó menos grosero, mas ó

menos adelantado, para haber de darse á entender.

Observemos entretanto, que no solamente hablamos nosotros y han hablado en todo tiempo los hombres, sino que tambien desde tiempos muy antiguos ha habido pueblos que hablasen con una perfeccion admirable. Sin embargo, hace muy poco tiempo que conocemos, como ello es, el origen y las propiedades de los signos de nuestras ideas, de donde resulta que nuestros conocimientos en esta parte sean todavía muy imperfectos. Esta sola observacion basta para ver, que un arte cualquiera puede ser llevado hasta un grado muy alto de perfeccion, aun cuando no se conozca bien su teoría, y aun cuando se ignore. En cualquier género que sea se ven los hombres obligados á obrar provisionalmente y

como por una especie de instinto, antes de conocer todas las causas y todos los medios que emplean. Y lo que es mas, y la experiencia nos lo acredita por todas partes, los hombres hacen muy bien las cosas que hacen, aun antes de que discernan y conozcan completamente como las hacen.

De esta manera se concibe fácilmente como sea que los hombres hayan raciocinado muchas veces con perfeccion, siendo asi que la ideología es una ciencia nueva que comienza á nacer. Y no se infiera por esto que la ideología sea una ciencia inutil. Al contrario, su estudio deberá ser de hoy en adelante un medio cierto y seguro para poder hacer constantemente y en todo tiempo por reglas, lo que hasta aquí no habia sido hecho sino raras veces y casi á tienta.

Los signos de nuestras ideas son de diversas especies. Muchos de ellos se dirigen á la vista y al tacto, y no seria una cosa difícil establecer tambien algunos que hablasen hasta al olfato mismo y al gusto. Pero los signos mas cómodos, mas capaces de perfeccion, y por lo tanto mas usados, son los que parten del órgano vocal y se dirigen al del oído.

Todo sistema de signos, que pinta directamente las ideas, es una verdadera lengua, ó language. Las escrituras geroglíficas, simbólicas, ariméticas, y algébricas son verdaderas lenguas porque representan inmediatamente las ideas.

La escritura silábica y alfabética no son lenguas propiamente dichas, porque no representan inmediatamente las ideas, sino los sonidos de

la lengua hablada. El objeto de ellas no es otra cosa mas que el hacer visibles los signos orales. Prueba de ello es que una misma reunion de letras puede expresar una idea en una lengua, y otra distinta idea en otra lengua. De consiguiente no son signos de las ideas propiamente dichos, ni el alfabeto es una lengua, sino tan solo la escritura comun de muchas lenguas habladas (48).

(48) « He aquí por qué razon los caractéres
« alfabéticos son tan pocos, pues basta que
« haya los precisos para significar todos los so-
« nidos y todas las articulaciones de la voz hu-
« mana. Al contrario en las otras escrituras,
« por ejemplo la de los Chinos, hay tantos ca-
« ractéres como palabras, porque estos, lo
« mismo que las palabras, no representan sino
« ideas. »

(*Nota tomada del texto del autor en su obra grande.*)

Un alfabeto único, una ortografía única y una sola lengua hablada serian suficientes y de mayor comodidad. Pero, aunque tuviesemos una lengua hablada universal, las lenguas arimética y algébrica tendrían todavía ventajas particulares por razón de las cuales merecerían ser conservadas, lo mismo que los planos y figuras de geometría, porque en el momento que serian traducidas en otra lengua cualquiera perderian todas sus ventajas.

Nuestros sistemas de signos, ó, lo que es lo mismo, nuestros lenguajes, son muy pocos que hayan sido perfeccionados, son casi enteramente unos sistemas de puro convenio: pero todos tienen igualmente por base las acciones ó movimientos que ejecutamos en consecuencia del pensamiento que nos ocupa; movimientos y acciones que,

siendo consecuencias naturales del pensamiento, y acompañando siempre ó casi siempre al pensamiento, son por esta razon signos suyos naturales. Y asi es, por ejemplo, que cuando sentimos cansancio y necesidad de reposar, nos sentamos ó nos acostamos; si tenemos un dolor, damos gritos de cierto género; si alegría ó sorpresa, los damos de otro modo diverso; si nos irritan, golpeamos y rechazamos con fuerza; si se nos lisongea, correspondemos con dulzura, etc., etc. Cualquier hombre experimenta estos efectos en sí mismo; de aquí es pues, que observándolos en los otros, no puede menos de adivinar lo que pasa en ellos. He aquí pues un principio de language enteramente natural. Nuestras acciones son en estos casos, como hemos dicho, signos

naturales y necesarios de nuestros pensamientos. Si ellas no son siempre sus únicos signos, á lo menos serán siempre los signos mas seguros é irrecusables que podemos tener de ellos.

El language de accion es pues el language originario, el cual está compuesto de gestos, gritos y tocamientos, y en consecuencia de esto, se dirige á la vista, al oido, y al tacto.

En nuestros languages perfeccionados empleamos siempre, mas ó menos, estos tres medios; si bien, el que se dirige al oido es el mas predominante, con especialidad para expresar todas nuestras ideas reflexionadas. Al contrario los otros dos medios prevalecen, cuando la violencia de la pasion arrebatada los pensamientos, y requiere expresiones súbitas, que no hay tiempo de meditar.

Entretanto, estos signos nos sirven solamente para comunicar nuestras ideas y hacernos entender de los demás. Otra propiedad mas importante todavía, es aquella que tienen de servirnos de ayuda para combinar nuestras ideas elementales, para formar ideas compuestas, y para fijar estos compuestos en nuestra memoria (49). Baste por prueba de esta verdad el observarnos á nosotros mismos, y el advertir que casi no nos es posible acor-

(49) « Condillac es el primero que ha observado y probado que sin signos nos seria casi imposible comparar nuestras ideas simples, ni analizar las compuestas. He aquí una grande averiguacion ideológica, que en tan larga sucesion de siglos no habia sido hecha hácia nuestros dias. »

(*Nota tomada del texto del autor en su obra grande.*)

darnos de nuestras ideas ni combinarlas entre sí, sin acordarnos de las palabras que las representan. Nosotros repetimos interiormente las palabras cuando pensamos, les damos mil vueltas, probamos las pequeñas diferencias de su significacion, y para afirmarnos mas en nuestras operaciones mentales, las solemos pronunciar en voz baja, como para impresionarnos mejor. A la verdad, cuando el objeto está presente, él mismo nos sirve de signo ó de nombre de la idea que produce; pero nosotros fijamos siempre nuestra atencion sobre las palabras que expresan la cualidad, que se trata de examinar en él, sobre el efecto que ella ha producido, ó sobre la circunstancia á la cual necesitamos atender mas, ó sobre el objeto al cual se dirige nuestra investigacion, etc., etc. La verdad

de todo esto es, que casi no podemos dar un paso en nuestros raciocinios, sin hacer uso á lo menos mentalmente de la palabra, y sin establecer con nosotros mismos cierta especie de conversacion ó de habla interior. Esto se concibe tanto mejor, cuanto que cada uno puede hacer por sí mismo la experiencia. Nosotros podríamos presentar millares de pruebas de la exactitud de esta observacion. Pero basta una sola que vamos á dar en la siguiente induccion.

En materia de números ninguno dirá que la idea *seis* sea muy complicada. Sin embargo es una cosa cierta que sin nombres de números seria casi imposible tenerla. Esta observacion merece bien la pena de hacerla sensible : veamos pues.

Nosotros tenemos todos la idea de la

unidad; sin que nos importe ahora para nuestro objeto el averiguar cómo la hemos tenido. Sabemos también que el adjetivo *uno* expresa la cualidad de un ser aislado, digámoslo así, y considerado á parte de cualquiera otro ser, es decir, *de un ser que no está repetido ni dividido*. He aquí ya un signo precioso en esta palabra *uno*. Por medio de ella ha quedado fija en nuestras cabezas una idea, la cual sin este socorro hubiera sido muy vaga.

Supongamos ahora que nosotros no tengamos ningun otro nombre de número; y probemos á ver si con él solo nos será muy fácil el hacer un cálculo tan simple, como es la suma de seis unidades. Para conseguirlo, no podría yo por cierto hacer otra cosa que decir: *uno, mas uno, mas uno, mas uno, mas uno, mas uno*, y diciéndolo así, ni yo

que lo diria , ni el otro que me escucharia , no podriamos formarnos una idea bastante neta y precisa de *seis*. La razon de esto seria el que no habia ningun signo , ni nada que nos indicase cuantas veces habriamos repetido la palabra *uno* , ni que relacion habria entre este número primitivo y el número total. Cualquiera lo concibe bien esto.

Supongamos pues ahora que para hacer mas claramente la cuenta me valiese de los dedos , ó la hiciese con chinas. En este caso mis dedos , ó las piedrecillas de que yo me habria valido , habrian sido otros tantos signos , cada uno de los cuales me habria representado el nombre *uno* repetido. Ellas sin embargo de esto , aun haciéndolo asi , si yo no tenia un nombre , una palabra , un signo para expresar el nombre colectivo *seis* , no me seria

posible llegar á formarme una idea neta de esta cantidad, ni á juzgar exactamente de su proporcion rigorosa con la unidad, ni con ninguna otra cantidad cualquiera.

Al contrario, si para expresar la idea *uno mas uno*, que yo concibo bien, invento, ó uso la palabra *dos*, este nuevo signo fijará al instante en mi entendimiento el resultado de esta primera suma que he hecho, y con el auxilio de ella me será igualmente fácil concebir claramente esta otra idea, *dos mas uno*. Despues de esto, si yo la llamo *tres*, conseguiré fijarla del mismo modo que la anterior, y concebiré claramente esta otra, *tres mas uno*. Y si sobre esta série de sumas y de nombres de sumas voy añadiendo iguales operaciones y otros tantos nombres, no tan solo llegaré clara-

mente hasta seis, sino que podré seguir contando clara y distintamente, cuanto quisiere, hasta lo infinito.

Esto es bien claro por mas prolijo que parezca. Mas yo pregunto ahora, ¿si tan difícil seria poder contar hasta seis, sin tener nombres de números, que seria el haber de llegar á tener en cualquier género ideas mas compuestas, que la idea *seis* en los números, si no tuviéremos palabras ó signos con que representarlas en nuestro pensamiento? ¿Que seria pues de nuestra facultad de pensar sin los signos? ¿Y cuan reducida hubiera de haber quedado esta facultad, si ademas de inventar estos signos, no se hubiese tambien trabajado en su discernimiento y su perfeccion?

LECCION 17.

LA causa de este efecto de los signos me parece ser que nuestras percepciones puramente intelectuales, cuales son los recuerdos y los juicios, conmueven con menos fuerza nuestro espíritu, no van acompañadas con tanta necesidad de pena ó de placer, y de consiguiente no son tan vivas, ni tan distintas, ni tan durables como los movimientos sensitivos: que por esta razon los recuerdos y los juicios son percepciones mas ligeras, mas fugaces y menos profundas que las sensaciones propiamente dichas; y que en consecuencia de esto no puede menos de suceder, que juntándose el signo material ó sensible, es decir la palabra, la accion ó el gesto, que hemos aso-

ciado á cada idea, la hemos hecho participar de la energía que tiene la sensación actual del signo. He aquí porque razon los signos socorren la memoria, hacen los hábitos mas fuertes, y sirven, digámoslo así, como de cuerda, ó como de punto de apoyo al espíritu. De esta manera sucede, que los signos, á la manera de otros tantos representantes sensibles de las ideas, contestan realmente las operaciones intelectuales que pasan en nosotros, y esta es la razon por la cual nos es mas agradable, y mas util el que los signos tengan alguna analogía con las cosas que expresan, y que haya en ellos relaciones que se correspondan con las ideas que representan. Cuando los signos tienen esta circunstancia, la energía de la sensación actual del signo simpatiza, si se puede decir así, con la

impresion puramente intelectual que representa, y aquellas dos percepciones se identifican y se unen con mayor fuerza. Si pretendiésemos explicar estos hechos con mayor claridad, los haríamos tal vez mas oscuros. Las observaciones de este género son mas propias para sentir las que para explicarlas, y para haber de entrar en sus pormenores.

Los signos vienen tambien á ser con respecto á las ideas, como una especie de títulos que las compendian y determinan, al modo, si se me permite tambien esta comparacion, de los epígrafes de los capítulos ó párrafos de una obra, donde se contiene su sentido abreviado, por manera que ellos solos ocupan el lugar de toda idea. Por esta razon, cualquiera de estos signos nos hace perder de vista los detalles de las

ideas que representan. Y de aquí procede sin duda que, concibiendo algunas veces muy bien para nosotros el sentido de una palabra, no acertemos sin embargo á explicarla; ó que otras veces nos sintamos persuadidos de la verdad de una proposición, antes de poder hacernos cargo del pormenor de sus pruebas; ó que percibamos la falsedad de un sofisma, sin encontrar el modo de demostrarla.

Ultimamente los signos son como otras tantas fórmulas, que conservamos en la memoria y nos es fácil recordar, porque son unas fórmulas sensibles. Y aunque despues lleguemos á olvidar el modo con que han sido formadas, las conservamos sin embargo, y las empleamos en otras combinaciones ulteriores.

Asi es que en la realidad somos con-

ducidos en nuestros raciocinios por las palabras, del mismo modo que los algebristas lo son en sus cálculos por sus fórmulas. Si el resultado no es completamente el mismo en los dos casos, la diferencia pende de la naturaleza de las ideas que se manejan, pero el mecanismo es igual.



LECCION 18^a Y ÚLTIMA.

Continuacion de la anterior : otros efectos de los signos : recapitulacion de toda la obra.

DE lo que llevamos dicho hasta aquí resulta:

Que nuestras acciones son los signos naturales y necesarios de nuestras ideas : que estos signos naturales y necesarios se hacen luego artificiales y voluntarios, es decir, que nosotros nos valemos de ellos, y los componemos y ordenamos lo mejor que podemos, para hacer conocer nuestras ideas á los otros ;

Que el language de accion viene á ser como el origen de todos los demas modos de hablar, que se dirigen, como él, al tacto, á la vista, ó al oído ;

Que á la larga , todos estos signos artificiales y voluntarios , y mayormente los que se dirigen al oído , llegán á hacerse muy circunstanciados y los perfeccionamos de tal modo que podemos expresar por medio de ellos ideas muy poco diferentes entre sí , las cuales no se distinguen sino por gradaciones muy finas ;

Que estos mismos signos , manejados así , y perfeccionados gradualmente , nos sirven todavía para irlos perfeccionando cada vez mas ; y que no solamente nos son necesarios para expresar nuestras ideas , y hacernos entender de los demas , sino tambien para entender nuestras mismas ideas , y para combinarlas sin confusion , es decir en una palabra , que nos sirven tambien en gran manera para pensar , y para entendernos á nosotros mismos ;

Ultimamente, que esta preciosa propiedad de servir de ayuda al pensamiento resulta probablemente de que el efecto del signo es el de asociar la idea que él representa á la sensacion que produce, uniendo las percepciones ténues y fugaces de nuestros recuerdos y nuestros juicios á las propiedades de la sensacion, la cual por su naturaleza es una percepcion muy viva, muy fuerte, y muy distinta.

He aquí en un resúmen todo cuanto hemos dicho de los signos, de su origen, sus diferentes especies, sus progresos, su efecto principal y fundamental, y la causa verosímil de este efecto.

Se podria preguntar entretanto, ¿si podemos pensar sin signos? Esta cuestion me parece mas curiosa que util; pero su resolucion nos puede conducir á otros resultados mas importantes.

Para haber de responder, lo primero de todo debemos tener presente la distincion que hemos hecho entre los signos naturales y los signos artificiales.

Preguntar si podemos pensar sin signos naturales, es lo mismo que preguntar, si podemos tener la facultad de sentir sin la facultad de obrar y de manifestar nuestras ideas por medio de acciones. Pero es imposible responder á esta cuestion por medio de la experiencia. Lo único que podemos decir es, que conocemos que la facultad de sentir y la de obrar son dos cosas distintas, y que no es difícil de concebir tal estado ó manera de existir que podria tener el ser pensante, en que tuviese percepciones, y sin embargo no fuese capaz de ningun movimiento aparente que las manifestase.

En semejante caso no hay duda que pensaríamos; pero nuestros conocimientos no podrían menos de ser muy limitados.

Mas supongamos que se pregunta ahora, ¿si podríamos pensar sin signos voluntarios y artificiales? La respuesta depende de la significacion que demos á la palabra pensar.

Si por pensar se entiende, como nosotros lo hemos entendido, sentir percepciones de cualquier género que sean, desde la mas simple sensacion hasta la idea mas compuesta, no hay duda que podemos pensar sin signos, porque primero es sentir, que tener signos de lo que sentimos. Pero no es fácil determinar hasta que punto podría extenderse nuestra facultad de pensar sin el socorro de los signos. Lo que quiera que sea, ó que pueda ser;

para mí no tengo duda de que sin los signos todas las reuniones que nosotros hacemos de nuestras ideas se disolverían tan pronto como se hubiesen hecho, y que toda otra combinación ulterior se nos haría imposible, de suerte que nos veríamos detenidos en ella desde el primer paso. Nosotros hemos visto una prueba directa y terminante de esta verdad en la imposibilidad que hemos probado que habría de hacer, ni aun los mas pequeños cálculos, sin nombres de números. Así es que podríamos muy bien decir sin temor de engañarnos, que entendiendo por pensar no solamente el tener percepciones simples, sino también el combinarlas y el componerlas, no podríamos pensar casi nada sin signos.

Mas difícil es todavía resolver de que manera y hasta que punto nos condu-

cen los signos para la combinacion de las ideas. Supongamos, sin embargo, una lengua que comenza á formarse, y que reducida á muy pocas palabras no podria representar todavía mas que algunos grupos de ideas, ni dar ocasion sino á algunos juicios muy obvios y palpables. En semejante caso, á pesar de las ventajas de los signos articulados, esta lengua seria realmente inferior á un sistema de gestos, que se hallaria perfeccionado. Ninguna lengua articulada ha podido ser en un principio otra cosa mas, porque no se pueden encontrar en ella mas signos que los correspondientes á las ideas que tienen los que comienzan á formarla.

Pero aquel pequeño número de signos sirve para trabajar aquel pequeño número de ideas que tenemos enton-

ces, y contribuyen para que podamos descubrir nuevas circunstancias y nuevas relaciones, que hagan sentir la necesidad de nuevos signos para expresarlas. Mientras tanto estos nuevos signos sirven para percibir nuevas combinaciones que es necesario representar con nuevos signos; y he aquí ya descubierta harta claramente la marcha del espíritu humano en el juego del pensamiento y en el arte de la palabra. Mas allá de aquí es una cosa que se allega ya á lo imposible el seguir esta teoría en sus pormenores; pero nosotros vemos muy bien en globo, que los conocimientos y las lenguas marchan siempre á la par; que el nivel se restablece á cada instante entre la idea y el signo, y que de consiguiente la lengua mas perfeccionada es siempre la de los pueblos mas ilustrados, y

que los límites de su perfeccion son los mismos que los que tiene el adelantamiento de las ideas. Pero estas ventajas son recíprocas. Las ideas progresan á medida que se mejora y perfecciona la lengua hablada; así como esta se mejora y perfecciona á proporcion que crecen los conocimientos y que adquieren mas perfeccion.

Los signos articulados tienen cualidades que les son propias casi exclusivamente. Este es un nuevo exámen muy importante; porque los signos articulados predominan universalmente en uso ordinario, y es una cosa evidente, que ellos son los que han determinado y fijado los progresos del espíritu humano en sus combinaciones y en sus descubrimientos. Así es que la historia de los signos articulados es tambien la de nuestras ideas y nues-

tros raciocinios. Por esta razon podemos asegurar que la ideología, la gramática y la lógica son enteramente una misma ciencia; y la verdad es, que una vez conocido el objeto de ellas, yo no sé como podría haber nadie que se atreviese á separarlas.

La primera ventaja de los signos artificiales es la de marcar y determinar con suma precision una multitud de gradaciones sumamente finas entre las innumerables ideas que pueden ocuparnos.

Añadese á esto la suma facilidad de producir y multiplicar esta especie de signos, para los cuales no se necesita ni espacio ni agilidad en los miembros, cual se necesita para los gestos y para los tocamientos. Cualquiera que sea nuestra situacion, estropeados, enfermos, ocupados, ociosos, como quie-

ra que estamos, podemos producir estos signos. Ni necesitan tampoco luz; se perciben lo mismo de dia que de noche. Manejanse ademas desde lejos como de cerca, sin necesidad de vernos, ni de tocarnos, ni de volvernos, cuando hablamos, los unos hácia los otros; sin que nos impidan ninguna otra ocupacion, sin costarnos trabajo, y lo que es mas, produciéndonos casi siempre un placer, convirtiéndose en una necesidad, y causándonos aquella inagotable satisfaccion que por cima de todos los bienes, y á pesar de todos los males, trae consigo la comunicacion de nuestras ideas, y el prestigio de la vida social.

De estas dos propiedades que tienen los sonidos de ser entre todos los signos los mas *naturales* y mas *cómodos*, resulta tambien el que se nos hagan

tan habituales como lo son en razon de su uso continuo, y que en consecuencia de ello se unan en nosotros mucho mas intimamente con las ideas que representan. Para reconocer cuan grande sea esta ventaja sobra que recordemos lo que antes de ahora dejamos ya observado sobre el poder de los hábitos en la formacion de nuestros juicios.

A estas propiedades y á estas ventajas incalculables de los sonidos se agrega todavía otra propiedad mucho mas ventajosa, cual es la de poder ser convertidos en signos permanentes. Por medio de la escritura los sonidos articulados hablan á los ojos, del mismo modo que los geroglíficos, los dibujos, y todos los demas signos durables. Para poder apreciar la suma importancia de este efecto, y para con-

cebir hasta que grado aventajan los signos escritos á los signos hablados, ya sea para suscitar con viveza los recuerdos, ya sea para percibir con mas claridad la trabazon de las ideas, basta una sola experiencia que hacemos muy á menudo, es á saber, la de aquella distinta impresion que hace sobre nosotros una obra oyéndola leer, ó leyéndola nosotros mismos. Esta gran diferencia de impresion se conoce mucho mejor en los casos en que el asunto de la obra no nos es familiar, ó cuando el raciocinio es delicado y penoso. Los que estudian ó han estudiado matemáticas, concebirán, mejor que nadie, esta observacion.

Pero aun tienen los signos escritos otro género mas de importancia, sobre la cual se ha reflexionado muy poco, y es por cierto una propiedad

que les conviene exclusivamente. Esta grande ventaja consiste en que, si bien todos los demas signos pueden ser traducidos, los sonidos articulados son los únicos que pueden ser escritos. Para entender bien esto, es menester observar bien la diferencia que hay entre traducir y escribir.

Traducir es una operacion por la cual unimos á los signos de un language cualquiera las ideas representadas por los signos de otro language distinto. Por esta razon, cuando la practicamos, es necesario tener presentes á un mismo tiempo aquellas dos lenguas. Verifícase esta operacion, cuando nosotros trasportamos nuestras ideas de una de nuestras lenguas habladas á cualquiera otra; pero se verifica tambien esta misma operacion cuando expresamos señales por

medio de gestos; gestos por geroglíficos ú otras figuras, y estas figuras por palabras, y tambien cuando sustituimos un sistema de signos de cualquiera de estas especies á otro sistema de signos de la misma especie. En una palabra, hay traduccion siempre que ponemos un language en lugar de otro. Esta operacion de traducir se hace siempre en nuestras cabezas, ya sea que expresemos nuestras ideas, ó ya sea que las recibamos, siempre que la lengua en la cual las expresamos ó recibimos no sea la misma con que estamos habituados á expresar ó á recibir las ideas, cual es por lo ordinario la lengua patria. Todo el mundo sabe las penas y dificultades que esto cuesta, mientras que no llegamos á estar en el caso de que aquellas lenguas nos sean igualmente familiares, y de poder

pensar indiferentemente en cualquiera de ellas. La traduccion no costaria entonces trabajo, ó, por mejor decir, no habria entonces traduccion. Pero yo no creo que esta perfecta igualdad pueda llegar á darse en ninguna cabeza humana, y si acaso puede darse será tan solamente entre dos lenguas habladas, es decir, entre dos sistemas de signos orales, porque, como hemos visto antes, ninguna otra especie de signos puede hacerse tan profundamente habitual como los sonidos.

Por lo que va dicho se ve lo mucho que la operacion de traducir debe descomponer y aminorar el enlace de nuestras ideas con ciertas sensaciones. Pero no sucede lo mismo con la accion de leer, ó escribir. El efecto de la escritura es recordarnos un sonido fugaz por medio de un sonido durable.

Si los hombres fueran mas consiguientes y razonables, no habria en el mundo mas que un alfabeto para todas las lenguas habladas; ni en este alfabeto general habria mas que una letra para cada sonido y para cada articulacion. Entre la letra y la idea no hay ninguna relacion. De consiguiente para escribir y leer palabras, suponiendo tambien una ortografía regular y uniforme, no se necesita comprender el sentido, ni saber sino que tal letra corresponde á tal sonido. En teniendo este solo conocimiento, la sensacion visual suscita el recuerdo de la sensacion oral; y no hay mas. Verifícase en este caso una traduccion ó mas bien una traslacion del signo, pero no una traduccion de la idea. Asi es que los caracteres alfabéticos y silábicos no son mas que signos de signos, y que

para hablar exactamente es menester decir que ellos solos merecen el nombre de escritura. Ninguno de los demas signos ó caractéres puede ser leído, hablando rigurosamente. Se pueden entender, se pueden adivinar, se pueden interpretar, pero no se pueden leer.

He aquí pues como he tenido razon para decir que los signos vocales son los únicos que pueden ser escritos y leídos, y que de consiguiente son los únicos, entre todos los signos pasageros, que tienen la cualidad de poder ser convertidos en signos permanentes sin necesidad de variarlos jamas; es decir, sin necesidad de traducirlos, y quedando siempre los mismos.

Por esta razon ademas de ser sumamente variados y distintos tienen la ventaja de ser mucho mas naturales y

mas cómodos para haber de emplearlos. Por estas dos circunstancias llegan á hacerse habituales hasta un grado á donde ninguna otra especie de signos puede llegar. Añádase luego á esto la permanencia que puede dárseles, y entonces hieren dos sentidos en vez de uno solo. Esto aumenta todavía extremadamente mas la fuerza de su enlace con las ideas. Los que leen algunas veces en vez alta para entender mejor lo que leen, ó para aprender con mas facilidad aquello que necesitan fiar á la memoria, comprenderán muy bien esto que digo.

De aquí podrá deducirse y ponderarse de cuanta importancia sea aquel arte verdaderamente divino que tiene por objeto estos signos. En la Gramática veremos muy por menor de que modo dirigen ellos nuestra intelligen-

cia, y cual es su poderosa influencia en los progresos de nuestro espíritu.

Quédanos por ahora todavía el decir alguna cosa de los signos, y principalmente de los signos articulados, considerándolos como medios de comunicar nuestras ideas.

Lo primero de todo es bien sabido que nosotros les debemos todas nuestras relaciones sociales, y que por ellos solos tenemos la posibilidad de obrar de todo el caudal de los conocimientos adquiridos por nuestros semejantes. De esta manera es como desde los primeros años de nuestra existencia, recibiendo las impresiones de todo cuanto obra sobre nuestros sentidos, y estudiando los signos de todos los que nos rodean, aprendemos las noventa y nueve centésimas partes de cuantas ideas han cabido á entrar en

todas las cabezas humanas, y nos ponemos en estado de pasar todavía mas adelante y añadir nuevas combinaciones. Asi crece todos los dias la corriente y se aumenta sin cesar la avenida de los conocimientos humanos.

Sin embargo, por grandes que sean las ventajas de los signos, es necesario no perder de vista los inconvenientes que traen consigo. Porque si bien es verdad que les debemos casi todos los progresos de nuestra inteligencia, no lo es menos tambien, que ellos son igualmente la causa de casi todos los extravíos del espíritu.

Aprendiendo nosotros por lo comun los signos antes de conocer por nosotros mismos los elementos de las ideas que ellos representan, componemos en un principio estas ideas de una manera las mas veces incompleta, inexacta ó

falsa. Solemos tambien nosotros luego mas adelante perder de vista algunos de los elementos que habiamos hecho entrar en su composicion, y sea cual fuere la exactitud del language que usamos, no podemos tener nunca una certeza perfecta de que la idea que nosotros hemos comprendido bajo tal signo, sea exactamente y en un todo la misma, que bajo el mismo signo concibe aquel que nos la ha comunicado, ó que tienen los demas hombres que hacen uso del mismo signo. De aquí resulta que sirviéndonos los unos y los otros de unos mismos signos, nos engañamos los unos á los otros sin pensarlo, ó se nos engaña ó procura engañar de intento. De esta manera todas las ventajas del language hablado escrito pueden llegar á convertirse en poderosos, poderosísimos medios de er-

ror y de impostura. La historia de los estragos, de los horrores y las desdichas que ha producido en el mundo el abuso de los signos merecia escribirse á parte.

De estas mismas causas que dejamos indicadas nace tambien en mucha parte la rectificacion gradual que notamos en nuestras ideas durante la primera edad. De allí es tambien de donde proceden las deviaciones y variedades que durante el curso de nuestra vida experimentamos en la manera de concebir las cosas. Y de allí resulta por último la diferencia inconcebible y extrema de opiniones entre los hombres, sobre las ideas expresadas por ciertas palabras, que han sido el objeto eterno de las disputas.

Y con esto no me detendré ya mas en hablar de las ventajas é inconve-

nientes peculiares de los signos vocales, y de los medios de mejorarlos. Esta explicacion sera mucho mas oportuna cuando tratemos de la Gramática y de la Lógica, que casi son una misma cosa, puesto que cuando raciocinamos no hacemos otra cosa que combinar palabras ó signos de otras tantas ideas. En este lugar no corresponde hablar de los signos, sino con respecto á su influencia general en la formacion de las ideas, en el desarrollo de nuestras facultades y en el aumento de nuestros conocimientos. Sin este examen nuestra obra hubiera sido imperfecta. Pero por medio de estas consideraciones creo yo que hemos hecho una historia bien cumplida del pensamiento.

Y asi es que en efecto hemos visto en que consista la facultad de pensar;

Cuales sean las facultades elementales que le componen;

De que manera se formen todas nuestras ideas compuestas;

De que manera llegamos á conocer nuestra existencia y la de los demas seres;

Como descubrimos sus propiedades y llegamos á valuarlas;

De que manera nuestras facultades intelectuales se relacionan y se unen con las demas facultades procedentes de nuestra organizacion;

De que suerte las unas y las otras dependan ó no dependan de nuestra facultad de querer;

Como se modifican todas ellas por la frecuente repeticion de sus actos;

Como se perfeccionan en el individuo, y en la masa general de los individuos;

De que manera en fin los signos de nuestras ideas sirvan de ayuda á nuestras facultades intelectuales ; cuales sean sus ventajas ; y cuales sean los inconvenientes que su imperfeccion ó su abuso lleva consigo, y que deben ser evitados.

Yo creo, y estoy de ello bien persuadido, que esto es lo que constituye la Ideología.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS LECCIONES.

	Pag.
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.	1.
INTRODUCCION	25.
LECCION 1ª. <i>¿ Que cosa sea pensar?</i>	28.
LECCION 2ª. <i>De la sensibilidad y de las sensaciones</i>	35.
LECCION 3ª. <i>De la memoria y de los recuerdos</i>	41.
LECCION 4ª. <i>Del juicio</i>	46.
LECCION 5ª. <i>De la voluntad y de las sensaciones de deseos.</i>	61.
LECCION 6ª. <i>De la formacion de nuestras ideas compuestas</i>	66.
LECCION 7ª. <i>De la existencia</i>	77.
LECCION 8ª. <i>De que manera nues- tras facultades intelectuales co-</i>	

ÍNDICE DE LAS LECCIONES.

	Pag.
<i>mienzan á obrar.</i>	84.
LECCION 9ª. <i>De las propiedades de los cuerpos y de sus relaciones. .</i>	88.
LECCION 10ª. <i>Continuacion del anterior : de la medida de las propiedades de los cuerpos</i>	103.
LECCION 11ª. <i>Reflexiones sobre la doctrina que antecede y sobre la manera con que Condillac ha analizado el pensamiento</i>	113.
LECCION 12ª. <i>De la facultad de movernos y de sus relaciones con nuestra facultad de sentir.</i>	126.
LECCION 13ª. <i>De la influencia de nuestra facultad de querer sobre la de movernos, y sobre cada una de aquellas que componen la facultad de pensar</i>	139.
LECCION 14ª. <i>De los efectos que produce en nosotros la frecuente repeticion de unos mismos actos. .</i>	149.
LECCION 15ª. <i>Del progreso gradual</i>	

ÍNDICE DE LAS LECCIONES.

	Pag.
<i>de nuestras facultades intelectuales.</i>	160.
LECCION 16ª. <i>De los signos de nuestras ideas y de su efecto principal</i>	168.
LECCION 17ª.	183.
LECCION 18ª Y ÚLTIMA. <i>Continuacion de la anterior : otros efectos de los signos : recapitulacion de toda la obra</i>	188.
